

Título

LA DEHESA. Naturaleza y cultura de un paisaje

Consejera de Cultura, Turismo y Deportes

Nuria Flores Redondo

Director General de Bibliotecas, Archivos y Patrimonio Cultural

Francisco Pérez Urbán

Dirección del proyecto

José-Javier Cano Ramos (Centro de Conservación y Restauración de Bienes Culturales)

Texto

Ismael Sánchez Expósito

José-Javier Cano Ramos

Fotografías

José-Javier Cano Ramos (pp. 6-7, 12, 17)

Caty V. Mazarias Antoranz (p. 8/arriba)

Julio Grande / Sepinum (pp. 8/abajo, 11)

F. Sánchez / CEDER La Serena (p. 10)

Juan Carlos Delgado Expósito (pp. 18, 22, 42, 48, 50, 56, 66, 82, 92)

Agustín Rodríguez Rodríguez (p. 29)

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Patrimonio Cultural (pp. 4, 32, 35, 41, 58, 60, 72, 84, 89, 90, 91, 94, 96)

Ismael Sánchez Expósito (p. 45)

VERDEHESA/Álvaro Casanova (pp. 20, 31, 55, 65)

https://www.researchgate.net/profile/Joao_Fonte/publication/304572323/figure/fig2/AS:667789635379200@1536224864077/Figura-4-Las-rutas-del-estano.jpg (p.14)

Plasencia-Mofragüe-Trujillo, Paisaje Mediterráneo, DGPC, Junta de Extremadura. (p.15)

Vuelo americano de 1956, https://www.gstatic.com/images/branding/product/1x/translate_24dp.png (p.16)

Edita

Dirección General de Bibliotecas, Archivos y Patrimonio Cultural

Maquetación

Maximiliano Rojas

Impresión

Indugrafic

ISBN

978-84-9852-587-8

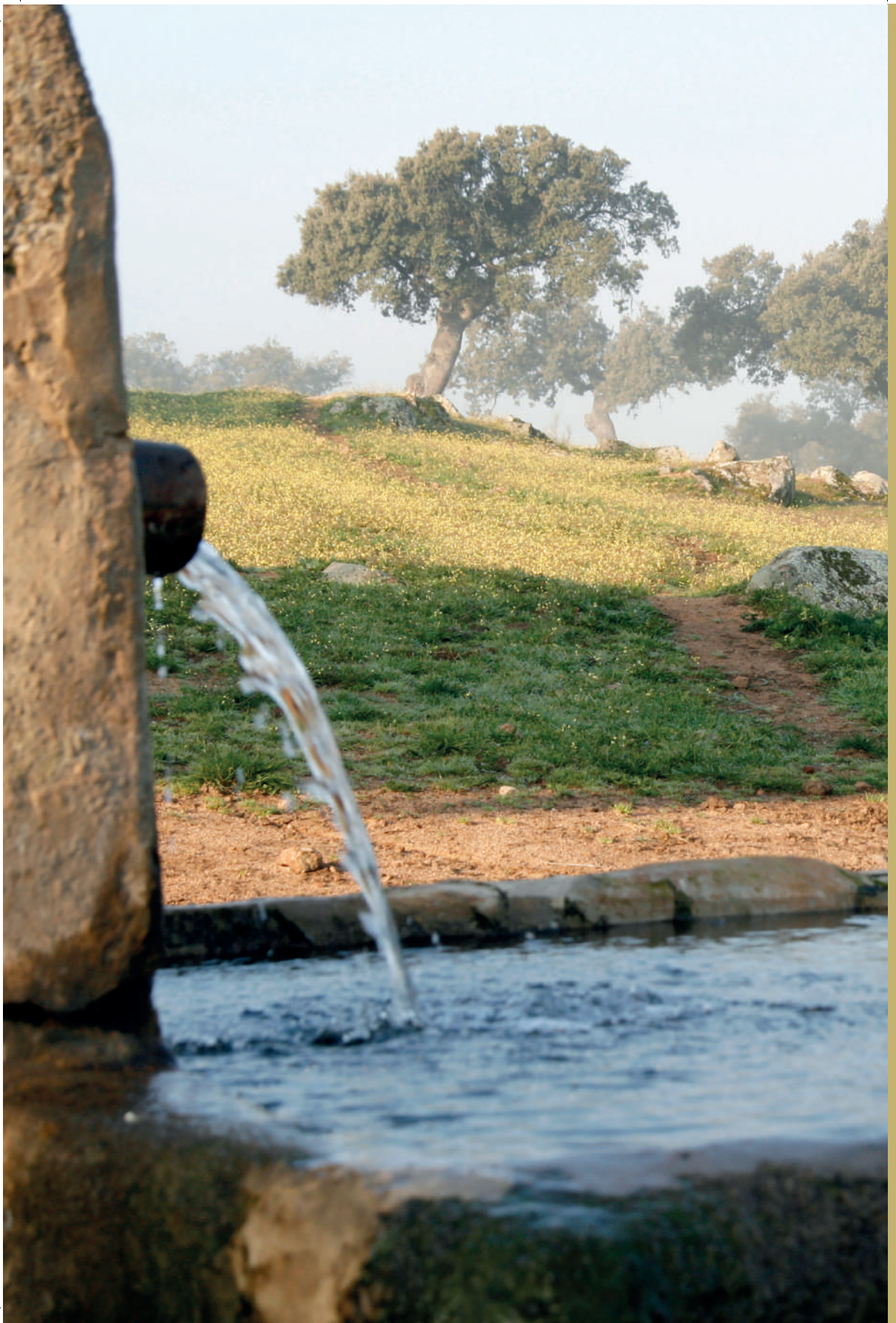
Depósito Legal

BA-000276-2020

LA DEHESA

NATURALEZA Y CULTURA
DE UN PAISAJE





Índice

- Introducción. La dehesa, un paisaje cultural seriado_*7*
- La dehesa. Naturaleza y cultura de un paisaje_*19*
- 1. El paisaje como constructo humano_*23*
 - 1.1. El paisaje cultural en Extremadura_*24*
- 2. ¿Qué es la dehesa?_*26*
 - 2.1. Diferentes paisajes de dehesa en Extremadura_*27*
 - 2.2. Origen de las dehesas_*30*
- 3. La dehesa tradicional entre los años 40 y 60 del siglo XX_*37*
 - 3.1. Los usos forestales en la dehesa tradicional_*39*
 - 3.1.1. El corcho. Producto genuino del agroecosistema de la dehesa_*46*
 - 3.2. Los usos agrícolas en la dehesa tradicional_*51*
 - 3.3. Los usos ganaderos en la dehesa tradicional_*54*
 - 3.3.1. El cerdo en la dehesa tradicional_*54*
 - 3.3.2. La oveja en la dehesa tradicional_*62*
 - 3.3.3. La cabra en la dehesa tradicional_*64*
 - 3.3.4. La vaca en la dehesa tradicional_*64*
 - 3.3.5. Las aves de corral en la dehesa tradicional_*65*
 - 3.4. Otros aprovechamientos en la dehesa tradicional_*68*
 - 3.5. Los actores sociales de la dehesa tradicional_*69*
 - 3.6. El conocimiento local en la dehesa tradicional_*74*
- 4. La dehesa actual_*78*
 - 4.1. La dehesa contemporánea: entre el abandono y la intensificación_*81*
 - 4.2. El patrimonio cultural de la dehesa_*89*
- Bibliografía_*97*



Vista general desde el Castillo de Magacela
(Badajoz).

Introducción
La dehesa, un paisaje cultural seriado¹





Benquerencia de la Serena (Badajoz).



Arbolado de la dehesa.

La historia que narra la protección del Patrimonio ha cambiado sustancialmente a lo largo de las cinco últimas décadas. Su evolución ha sido vertiginosa al ampliarse el concepto de aquello que entendemos por acervo cultural. Hoy, la conexión existente entre los bienes históricos y el medio físico, la relación entre la ciudad y su territorio y la suma del medioambiente, no tiene discusión alguna. De hecho, se habla de patrimonio territorial, de la patrimonialización del territorio, ensanchándose los horizontes a otras disciplinas hasta ahora ausentes, como la arquitectura, la geografía o la antropología.

La Carta de Amsterdam y la Carta Europea del Patrimonio Arquitectónico de 1975, planteaban ya estos principios integradores en su acción tutelar para contextualizar la propia Historia y su continuidad hasta la actualidad, para tener instrumentos y mecanismos que conecten e integren los bienes. Así, si la segunda mitad del siglo XX se caracterizó por centrar las políticas de protección del Patrimonio en el ámbito de los cascos históricos este siglo ha ampliado el concepto al territorializarlo, al fusionar las masas patrimoniales y naturales, al sumar ámbitos científicos diferentes, y al incorporar en su valoración la dimensión espacial y temporal, así como el carácter diacrónico y mutable de los paisajes. Fruto de este esfuerzo interdisciplinar es el Plan Nacional de Paisaje Cultural, aprobado por el Consejo de Patrimonio Histórico en octubre de 2012, donde se apuntaba cómo estos entrono no son más que «el resultado de la interacción en el tiempo de las personas y el medio natural, cuya expresión es un territorio percibido y valorado por sus cualidades culturales, producto de un proceso y soporte de la identidad de una comunidad»².

Un ejemplo claro de esta argumentación, se plantea a la hora de abordar la dehesa. Un sistema agroforestal generado y mantenido por el pastoreo a lo largo de los siglos que está compuesto por un estrato arbóreo de espesura incompleta y un estrato herbáceo muy diverso y clave en el valor del sistema desde el punto de vista ecológico y económico. Se trata de un medio polifacético de una gran calidad cultural e histórica donde conviven prácticas complejas, intencionalidades diversas, gestiones múltiples y miradas dispares, fruto de los intercambios culturales que se han

- 1 Este trabajo se enmarca en el Proyecto de Investigación Nacional titulado: *Paisajes Culturales en la Extremadura Meridional: una visión desde el Patrimonio* (HAR2017-87225-P), financiado por el Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades del Gobierno de España, Agencia Estatal de Investigación y Fondos FEDER, coordinado por Vicente Méndez Hernán y Moisés Bazán de Huerta. Además, forma parte de las tareas encomendadas dentro del Plan Nacional de Paisaje Cultural y el Plan Nacional de Arquitectura Tradicional.
- 2 <http://www.culturaydeporte.gob.es/planes-nacionales/en/dam/jcr:55b779f7-037f-45a0-baa0-17f27bc2587a/05-maquetado-paisaje-cultural.pdf> [consulta, 12 de noviembre de 2019].



Recursos de la dehesa extremeña.

dado en él y merced a los itinerarios que se han gestado a lo largo de su existencia. Las vinculaciones reales, en esta lid, entre medio y hombre son lo suficientemente significativas como para hablar de un paisaje único y excepcional, sustentando en espacios naturales vertebrados a través de corredores materializados en las cañadas con una extensión superficial y una distribución geográfica importantes. Un paisaje que se ha ido humanizando a lo largo del tiempo y que no es sino el resultado lógico de todos los procesos de organización y ordenación del territorio que se han desarrollado secularmente desde las primeras Rutas del Estaño, pasando por la romanización del oeste peninsular, la presencia musulmana o la repoblación castellana –donde se configura un nueva forma de planificar la tierra– hasta el esplendor de La Mesta y la regeneración de la Ilustración Española o las políticas emprendidas por la II República y modificadas por el franquismo. Todo ello ha definido un modelo histórico compacto de organización territorial, con contrastes naturales significativos y con una tipología arquitectónica específica (cortijos, cercas, chozos, abrevaderos, ermitas, bohíos), una cultura tradicional vinculada a las limitaciones de su medio (corcho, carbón, ganado, romanceros, danzas) y sujeta a las relaciones de poder que se han sucedido. Una ocupación del espacio que desde la Prehistoria ha preservado unos ecosistemas puramente mediterráneos que se extienden a través de distintas comarcas particularmente deprimidas y dependen de su propio sostén económico.

A lo largo de los siglos se ha forjado, pues, un territorio que ha configurado un conjunto patrimonial diverso, complementario e integrado por elementos diacrónicos que representan la evolución histórica, suponen un bien colectivo, y tienen valores



Vista general de la dehesa.

ambientales y paisajísticos de primer orden alterados de manera racional por la mano del hombre al generar sistemas de gestión creíbles. Un paisaje vivo y funcional y, por excelencia, mediterráneo que se asienta sobre viejos materiales paleozoicos del Macizo Herciniano. Como ocurre de manera genérica en la geomorfología del paisaje extremeño, el rasgo dominante de las dehesas es la penillanura, una extensa planicie desarrollada fundamentalmente sobre rocas metamórficas origen sedimentario. Paisaje que se ha abordado, hace décadas, desde la protección y conservación con perspectivas renovadas, con una utilización social que garantiza de algún modo su sostenibilidad y su capacidad de transformación, haciendo hincapié en corregir los deterioros paisajísticos para preservarlos y determinar un equilibrio biológico en el que el hombre viene actuando desde sus orígenes³. Un ejemplo único de aprovechamiento a lo largo de la Historia, siendo un espacio de ocupación, hábitat y defensa que aporta un patrimonio que abarca desde el año 100.000 a. de C. hasta el siglo XXI; un legado que se inserta en determinados «cortejos paisajísticos» relacionados con núcleos de población, ruedos cerealistas u olivareros, regadíos, manchas forestales que nos lleva a pensar en muchos paisajes culturales de la dehesa, no adhesados, como las densas, las abiertas o las matorralizadas⁴.

3 *Formulario de Propuesta de Inscripción del Bien Plasencia-Monfragüe-Trujillo: Paisaje Mediterráneo, en la Lista del Patrimonio Mundial*, Archivo Dirección General de Bibliotecas. Archivos y Patrimonio Cultural, Junta de Extremadura, Mérida.

4 Informe de ICOMOS España, «Fundamentos para una posible inscripción de la dehesa en la Lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO», 11 folios mecanografiados sin numerar.



Dehesa en la Reseva de la Biosfera de Monfragüe (Cáceres).

Un patrimonio en su sentido más extenso, un paisaje cultural único y excepcional merced a su ubicación geográfica, que se caracteriza por contar con un clima mediterráneo de influencia continental, en el que la orientación de la orografía y la presencia de ríos de importante entidad generan ciertas peculiaridades. Ello, unido a la naturaleza de los materiales de base han desarrollado unos suelos poco evolucionados sobre los que dominan las extensiones dedicadas a regímenes agro-ganaderos de carácter extensivo, definidos por una baja intensidad de uso. Un bien que está definido, en gran parte, por una extensa penillanura cubierta por formaciones adhesionadas. Se trata de una unidad paisajística y ecológica con influencia antrópica, típica y característica del suroeste peninsular.

Se configura, en este sentido, un conjunto que no es sino el resultado del aclarado selectivo del bosque mediterráneo original; un ejemplo de sostenibilidad y aprovechamiento del medio natural con un valor universal excepcional que permite un gran número de usos distintos, a la vez que éstos se «compatibilizan con una gran riqueza etnográfico, cultural y natural, contándose entre los medios ecológicos que albergan una elevadísima biodiversidad, una heterogeneidad geomorfológica territorial sin parangón alguno y una gran variedad de unidades paisajísticas bien diferenciadas»⁵: roquedos y serranías, bosques y matorrales, pastizales y cultivos agrícolas, e incluso características típicamente urbanas. Un territorio que se halla drenado y surcado por numerosos cursos fluviales de los ríos y arroyos del Tajo y el Guadiana con todos sus

5 *Formulario de Propuesta de Inscripción del Bien Plasencia-Monfragüe-Trujillo, op. cit.*

riberos asociados, entre los cuales se encuentran alguno de los cursos mejor conservados de Europa y causantes de la existencia de las dehesas.

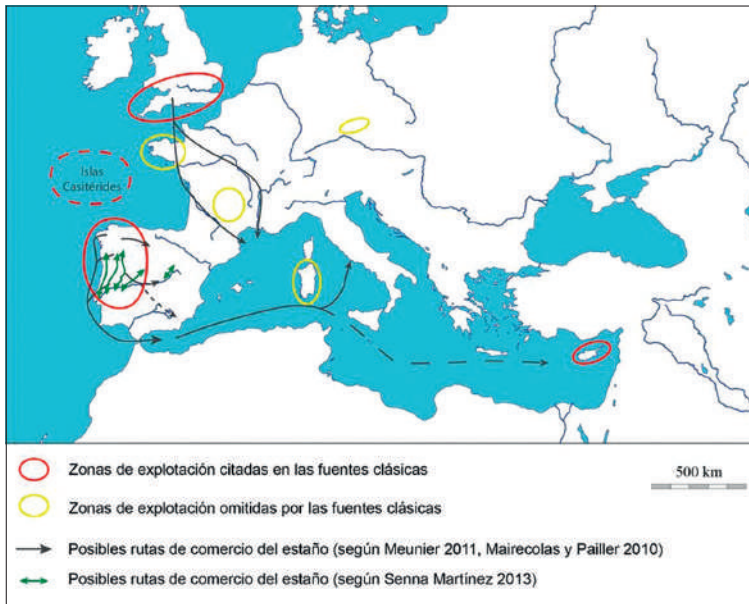
En paralelo, aunque el territorio ha sufrido la influencia del poblamiento humano a lo largo de la historia, la dehesa se encuentra en un estado de conservación delicado, a pesar de su extraordinaria riqueza y diversidad de la flora y la fauna: especies como la encina y el alcornoque, que son la base de la ecología, economía y cultura del territorio, han determinado su inclusión en los listados de medios naturales de interés comunitario de la Directiva Hábitats, aprobada por la Unión Europea allá por 1992 y la red ecológica de Natura 2000. Entornos que se encuentran desde el Ambróz, pasando por Valcorchero, Monfragüe, Las Villuercas o Llanos de Cáceres hasta las sierras del suroeste extremeño. Sin embargo, debe apuntarse que determinadas actividades agrícolas y ganaderas están afectando al medio adehesado, como los reclamos cinegéticos, las presas de los grandes ríos que interrumpen las rutas históricas de las vías pecuarias o inundan antiguos pastizales. Y planeando el cambio climático donde la dehesa puede, según Gerardo Moreno Marcos, aportar algunas soluciones⁶: su tradicional manera de aprovechamiento mantiene el equilibrio con el medio sin producir degradaciones irreversibles, armonizando una alta productividad y sosteniendo la conservación de los valores naturales y culturales.

Es, pues, un hábitat único que ha sido modelado en gran parte por esas vías pecuarias, determinando su valor paisajístico excepcional que tomó forma de manera definitiva merced al Honrado Concejo de la Mesta, entre el año 1273 y 1836, ya que ha contribuido a una organización específica del paisaje y el uso del territorio:

Los procesos de construcción histórica de la dehesa son antiguos, complejos y condicionan una fisonomía de neto carácter medieval, ya que es en este período cuando se consolida su significado como terreno de uso vecinal y aprovechamiento principalmente ganadero. Etimológicamente el vocablo dehesa proviene de la palabra latina defensa y designa un espacio cercado para pastos y de ocupación prohibida (defendida) frente a otros usos; una acepción que se liga al acotamiento de fincas de la legislación visigoda, el «pratum defensum». El avance de la Reconquista y el cercado de fincas en las dehesas boyales, para preservar el pasto comunal frente a los privilegios de los ganados de la Mesta, consolidan en la Edad Media la acepción de la dehesa como monte aclarado de uso comunal. En la Edad Moderna se mantiene esta acepción, y se suceden las ordenanzas regulatorias de la secuencia de sus aprovechamientos y las entradas en ella de vecinos y ganados⁷.

6 http://observatoriodehesamontado.juntaex.es/index.php?modulo=paginas&pagina=view.php&id=217&opcion_sel=3 [consulta, 15 de octubre, 2019].

7 SILVA PÉREZ, R., y FERNÁNDEZ SALINAS, V., «Claves para el reconocimiento de la dehesa como paisaje cultural de UNESCO», *Anales de Geografía*, vol. 35, núm. 2, 2015.



Las rutas del estaño.

Sea como fuere, Extremadura, a lo largo de su historia, ha sufrido una serie de transformaciones que han hecho variar los paisajes, principalmente, desde el norte hasta el sur y han definido sistemas culturales y geográficos muy dispares, desde las estribaciones de Gredos, pasando por los llanos centrales, hasta los pasos de Sierra Morena. Ello ha determinado una serie de cambios paisajísticos que tienen su origen en la Ruta del Estaño; un corredor que sirvió para poner en contacto los yacimientos de estaño de Galicia, la Bretaña francesa y Cornwall con el mar Mediterráneo, modelando un paisaje, en sus comienzos, eminentemente comercial. Como consecuencia de este tránsito tres grandes grupos culturales, tomando la lengua como criterio de parentesco, tartessos, íberos y celtas, determinaron un nuevo planteamiento territorial sin una unidad concreta⁸. A esta ruta le sucedió una profunda transformación que Roma hizo en este entorno, después se sucedieron el caos, la llegada de los musulmanes, la señorialización de las tierras, la desvinculación de mayorazgos, la disolución del régimen señorial, las desamortizaciones con la reforma agraria liberal y la reestructuración parcelaria⁹... hasta

8 CANO RAMOS, J., «La Vía de la Plata: génesis de la evolución de los paisajes en las riberas del Tajo y el Guadiana», en (Coords. y eds. María del Mar Iozano Bartolozzi y Vicente Méndez Hernán) *Paisajes culturales entre el Tajo y el Guadiana*, Cáceres, Universidad de Extremadura-Ministerio de Economía y Competitividad, 2018.

9 Véase SÁNCHEZ MARROYO, F., *Dehesas y Terratenientes en Extremadura*, Badajoz, Asamblea de Extremadura, 1993.



Monfragüe desde el castillo (Cáceres).

llegar al desarrollismo o a nuevos trazados viarios y a la implantación de economías sostenibles que están imperando en las dehesas. Se ha configurado, así, un paisaje adaptado a las nuevas necesidades y en función de las distintas transformaciones que se han dado en su espacio.

Todo este «trasiego histórico de ganados y el intercambio de conocimientos y de ideas ha generado un importante y ramificado itinerario cultural que actúa, además, como corredor ecológico esencial para la conexión entre los ecosistemas del norte y sur peninsulares y para la pervivencia de muchas especies amenazadas»¹⁰. O dicho de otra manera: «En las dehesas encontramos grandes explotaciones rurales con enorme calidad histórica, artística y antropológica»¹¹.

Este espacio definido y perfilado por los avatares que se han sucedido ha tenido desde siempre una utilidad social, pasando a una nueva concepción, la de la *acción paisajística*, la de la vertiente productiva. Esta noción nos alerta de cómo la existencia de estos paisajes extremadamente dinámicos que conviven con hábitats menos desarrollados (y por ello requieren mayor esfuerzo), son una cuestión que pone de

10 SILVA PÉREZ, R., y FERNÁNDEZ SALINAS, V., *op. cit.*

11 MALDONADO ESCRIBANO, J., «Palacios, Cortijos y Casas de campo en las dehesas de Trujillo (Cáceres) desde el Siglo XV al XIX», en VV. AA., *XXXIV Coloquios Históricos de Extremadura: Dedicado a la memoria de Don Miguel de Cervantes en el IV centenario del Quijote*, Trujillo, Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura, 2006.



Puente del Cardenal, Monfragüe. Vuelo del año 1956.

relieve la fragilidad del contexto patrimonial y paisajístico; una fragilidad que viene marcada también por las emociones, la estética y la propia evolución de la región. Un ejemplo que clarifica esa acción paisajística lo tenemos en el llamado «Corredor de Béjar», la ruta más fácil para atravesar el Sistema Central en el oeste de la Península Ibérica que ha sido utilizada a lo largo de la Historia por comerciantes, soldados, pastores o trenes, siendo los pueblos vetones y las rutas creadas por estos pueblos prerromanos las primeras en dar forma al paisaje.

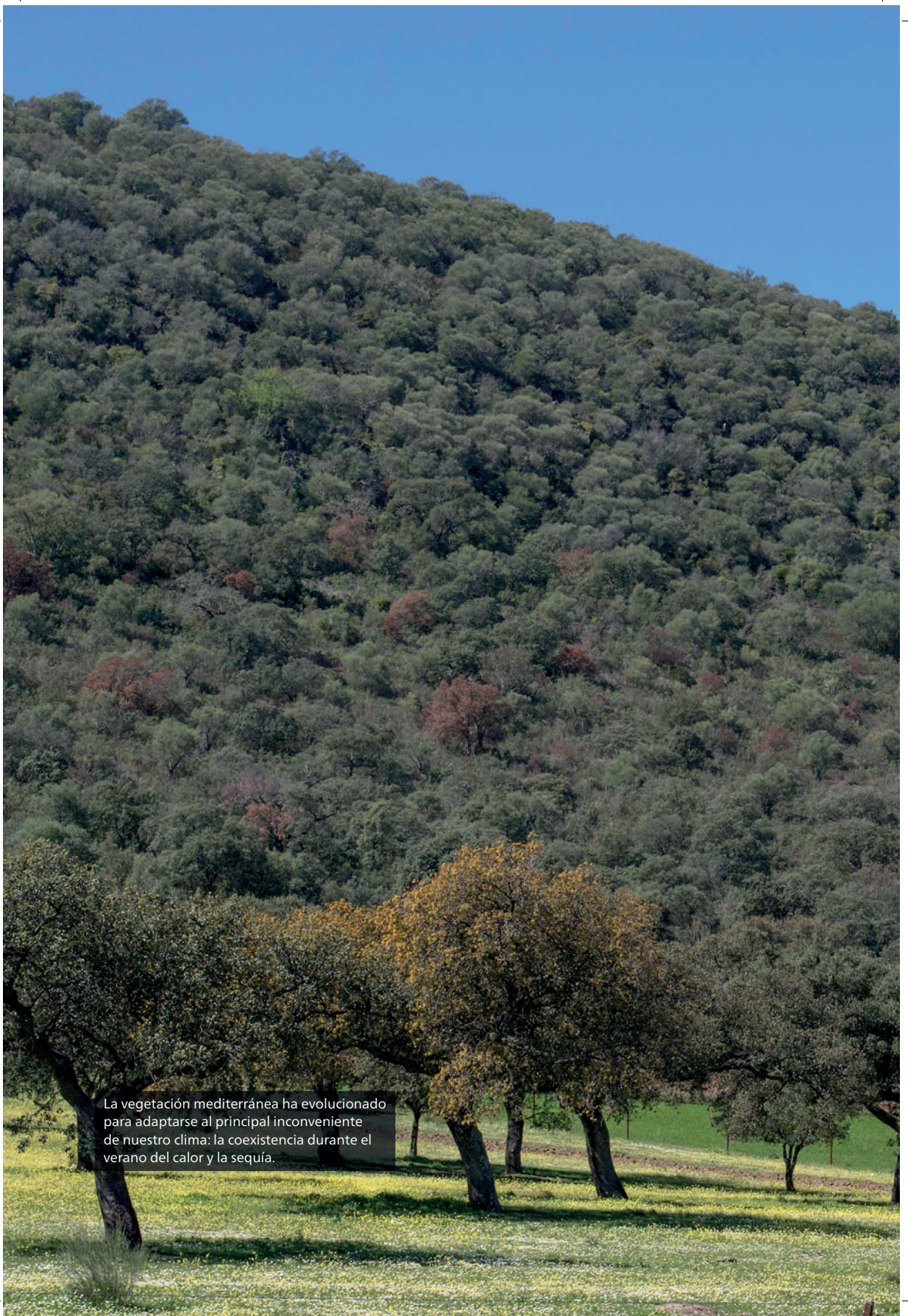
Se materializaba de esta manera en el corredor bejarano, coincidiendo con el tramo extremeño del trazado romano, la «hijuela» generada por la Vía de la Plata, La Cañada Real Leonesa Occidental y la Soriana Occidental, entre Plasencia y Trujillo, que ponía y pone en comunicación los territorios de tres grandes cuencas hidrográficas de gran significación a la hora de perfilar un paisaje no exento de amenazas. Peligros que vienen sobrevenidos al estar sometidos a dinámicas bio-ecológicas a veces contraproducentes ya que son extensas áreas naturales limítrofes con la Sierra de Gredos, Las Villuercas, Llanos de Cáceres o Sierra Morena; parajes que conforman una amplia red ecológica de alto interés medioambiental entre las cuencas del Duero, Tajo y Guadiana. Este ámbito geográfico natural y cultural se halla vertebrado desde tiempos prehistóricos por una amplia red de vías, elemento único y característico de la Península Ibérica, y es el reflejo de los aprovechamientos y poblamientos que históricamente se han asentado en estas extensiones y han determinado su identidad como un paisaje seriado y mediterráneo.



Arbolado de la dehesa.

Con el paso del tiempo este paisaje, repleto de equilibrios, rupturas, olvidos, amenazas y ajustado a distintas exigencias, ha mantenido sus principios esenciales y constituyentes, convirtiéndolo en «sistemas sabios y resilientes sobre los que hoy se ciernen numerosas y comprometedoras amenazas: cambio climático y seca de la encina, vacíos demográficos y pérdidas culturales, decadencia socioeconómica y, sobre todo, la generalización de lo que podría denominarse cierta amnesia (social e institucional) en la gestión de esa complejidad paisajística. Una cuestión que además cuenta con un patrimonio material e inmaterial innegable y que es transnacional al tener continuidad en el montado portugués, clasificado por ellos mismos como «uma paisagem cultural evolutiva viva resultou de um exercício em que se estabeleceram relações entre os princípios, os critérios definidos pela UNESCO e os atributos e valores que caracterizam as suas diversas dimensões histórico-culturais, ambientais, estéticas e socioeconómicas»¹². Y que, finalmente, cuentan ambos paisajes, la dehesa y el montado, como modelos para gestionar este territorio con figuras de protección del entorno, de sus tradiciones, con políticas agrarias y forestales y ordenaciones de esa superestructura paisajística.

12 RIBEIRO LOPEZ, N. (Coord. Global), *Estudos técnicos de levantamento e de caracterização do montado*, Quaternaire Portugal-Consultoria e Desenvolvimento, S.A., Relatório final, octubre, 2013, p. 18.




La vegetación mediterránea ha evolucionado para adaptarse al principal inconveniente de nuestro clima: la coexistencia durante el verano del calor y la sequía.

La dehesa
Naturaleza y cultura de un paisaje





La dehesa se caracteriza por mantener los árboles autóctonos (encinas, alcornoques y robles) en un paisaje que ha eliminado parte de la vegetación leñosa, con objeto de lograr un sistema ahuecado, lo cual permite múltiples aprovechamientos. Torrejón El Rubio (Cáceres).



La dehesa es uno de los paisajes representativos de la Península Ibérica. Nuestros vecinos de la hermana Portugal la llaman *montado*. Genuina del mundo mediterráneo, se halla tan extendida en algunas regiones que nuestras dinámicas económicas, sociales, políticas e históricas son imposibles de entender sin hacer referencia a ella.

¿A qué nos referimos exactamente cuando hablamos de «naturaleza»? Todos utilizamos el término para referirnos al campo, y también a lo silvestre, a lo salvaje, es decir, a lo que en principio parece quedar fuera de la intervención humana, o sea, fuera de la cultura entendida en términos antropológicos. Pero si analizamos con mayor profundidad las dos realidades, aparentemente contrapuestas, *naturaleza* y *cultura*, ambas en aparente contradicción, nos percataremos de un hecho: la huella humana en el entorno es tan vieja que si hablamos de la taiga, del bosque caducifolio o del bosque mediterráneo, desde ese viejo constructo ideal, adoleceríamos, como ya dijo Rodríguez de La Fuente¹³, de una evidente falta de realismo, pues desde diferentes criterios, los colectivos humanos han dejado su huella en el territorio.

Sabemos, gracias a los avances de la arqueología y de los estudios paleontológicos, que incluso culturas con sencillas tecnologías, incluidas las cazadoras-recolectoras, son capaces de interferir en la naturaleza provocando trascendentales cambios. En ese sentido, el surgimiento de estrategias, cada vez más sofisticadas, para la obtención de recursos, hizo surgir formas de adaptación al medio que, con lentitud o bruscamente, transformaron los antiguos biomas naturales en paisajes culturales, y los ecosistemas en agroecosistemas. Un agroecosistema es un ecosistema intervenido por el hombre, pues a las dinámicas y relaciones entre los seres vivos se les suma la acción de la tecnología para canalizar la energía que almacenan las plantas, a través del sol y el dióxido de carbono, y los animales a través de las plantas que consumen, hasta las poblaciones humanas para su aprovechamiento. Todo agroecosistema implica un proceso de simplificación de lo que llamamos «naturaleza», y la dehesa no es una excepción. En esas dinámicas, la dehesa se conformaba, hasta épocas recientes, como un sistema muy equilibrado ambientalmente, aunque sus pretensiones no fueran esas.

Durante milenios, la intervención del hombre en lo que denominamos naturaleza se adaptó a las limitaciones impuestas por el clima, los suelos, la disponibilidad de agua y la orografía. De ese modo, ni el asentamiento físico de las poblaciones, cuando

13 RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, F. «Enciclopedia de la Fauna», tomo 4, Eurasia y Norteamérica, Salvat, Pamplona, 1972, p. 12.



La dehesa es el resultado de la intervención humana en el primigenio bosque mediterráneo.

surgieron las culturas sedentarias, ni la agricultura, actividad que marcó un antes y un después en nuestra dialéctica con el mundo, sometieron al medio a perturbaciones severas, pues la intervención de los sistemas tradicionales se basó, por las propias limitaciones de la tecnología disponible, en estrategias que no infligían traumas a los ciclos naturales: a las reservas de agua, al suelo, a la vegetación y a los ciclos vitales de los seres vivos. Igualmente, la domesticación de plantas y animales salvajes logró variedades adaptadas a las respectivas condiciones ambientales de cada lugar, haciendo de la temporalidad una de las cuestiones básicas del ciclo agrícola y de la disponibilidad de alimentos. Y la arquitectura, también esencial para entender nuestras relaciones con el medio ambiente, fue durante milenios un elemento humano que no sobrepasó las limitaciones impuestas por los territorios, de ahí su uso de materiales locales y su adaptación al clima y a la pendiente.

Abordaremos en este cuaderno el génesis, desarrollo y actualidad de la dehesa en Extremadura, región española depositaria del mayor número de hectáreas de esta formación tan nuestra. Nos centraremos en la evolución de sus usos, las realidades socioeconómicas que han forjado sus entramados, los conocimientos que se han desarrollado en su seno y la conexión entre las actuales problemáticas ambientales y las derivadas de la despoblación rural, con objeto de reflexionar sobre el futuro de este paisaje; eso sí, teniendo en cuenta las limitaciones de una pequeña publicación divulgativa como la presente.

1. El paisaje como constructo humano

En Europa se han desarrollado paisajes culturales desde la Antigüedad. Ya durante la Roma imperial y posteriormente en la Edad Media, los espacios roturados les van ganando terreno a las densas selvas de nuestro continente, las que causaron asombro a Julio César durante la guerra de Las Galias, para acondicionar espacios de cultivo, cuyas parcelas se cercaban mediante setos vivos; así quedó configurado el *bocage*¹⁴. En Europa central el desarrollo del *bocage* se constata más o menos, entre el siglo VII y mediados del siglo XI, en el seno de un continuo y a la vez lento enfrentamiento con el bosque, el cual vuelve a ganar terreno durante el XIII y el XIV¹⁵. En ese sentido, el paisaje agrario característico de Inglaterra y Centroeuropa es resultado de un proceso paulatino que duró siglos, conformando su fisonomía y sus dinámicas mediante la adaptación a unos condicionantes climáticos y ecológicos determinados. Serían estos ejemplos de paisajes que son fruto de transformaciones paulatinas y no traumáticas. Caso diferente es el de aquellos que surgen de proyectos concretos, diseñados conforme a un plan específico, los cuales implican una transformación radical del entorno o de los paisajes precedentes. Aquí se incluyen también los grandes jardines¹⁶, ejecutados con diseño previo, y que han otorgado personalidad a muchos espacios urbanos y periurbanos.

Los paisajes agrarios que comienzan a extenderse por muchas zonas del mundo a partir de la Revolución Verde¹⁷ de mediados del siglo XX serían ejemplos de esta transformación no paulatina, sino traumática, gracias a la capacidad de la tecnología agraria intensiva para la conversión de viejos paisajes en entornos completamente nuevos.

14 El *bocage* es un espacio agrario caracterizado por la separación de las parcelas mediante setos vivos, procedentes del bosque al que se gana terreno mediante las roturaciones. La configuración paisajística del *bocage* se asemeja a un tablero de ajedrez en el que prados donde se cultiva y pasta el ganado quedan rodeados por dichos setos, formados por especies de matorral y leñosas del primigenio bosque caducifolio. El *bocage* es característico de la Europa Atlántica, desde el norte cantábrico (Asturias, Cantabria y País Vasco), hasta Centroeuropa y las Islas Británicas.

15 DUBY, G., *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*, en Los Paisajes De Los Geógrafos-3132999.pdf

16 MATEU I LLADÓ, J., «Los paisajes culturales Patrimonio Mundial como herramienta de gestión territorial. El caso de la Serra de Tramuntana de Mallorca», *Boletín de Asociación de Geógrafos Españoles*, n.º 66, pp. 253-270, 2014. file:///C:/Users/ismael.sanchez/Downloads/Dialnet-LosPaisajesCulturalesPatrimonioMundialComoHerramie-4903372.pdf

17 La Revolución Verde alude a un nuevo sistema agrario, que se impone en el mundo desde mediados del siglo XX, mediante el cual, la productividad agraria se dispara espectacularmente, como consecuencia de la implantación de sistemas intensivos, a base de fertilizantes químicos, uso de variedades modificadas genéticamente y el desarrollo de monocultivos tendentes a la exportación. Este fenómeno, no obstante, implicó la pérdida progresiva de las variedades locales, graves problemas de contaminación de acuíferos y suelos y la conversión de la agricultura en un sistema demandante de recursos de fuera, así como la pérdida de integración entre agricultura y ganadería, como sucedía en los sistemas tradicionales. Del mismo modo, la Revolución Verde integró la agricultura en el contexto del mercado especulativo de los alimentos, y desde el enfoque de la Agroecología se relaciona con la pérdida de la soberanía alimentaria; fenómeno que se expresa notoriamente en los llamados países en Vías de Desarrollo.

1.1. El paisaje cultural en Extremadura

Extremadura es una región del cuadrante suroccidental de la Península Ibérica, donde tradicionalmente las actividades ganaderas han sido más importantes que las agrarias, debido a la escasa feracidad de los suelos. Sólo las vegas del río Guadiana, el valle del Río Tiétar y puntos aislados del río Alagón han permitido el desarrollo de un sector agrícola relevante. Tampoco faltan zonas donde cultivos como la vid y los cereales se han desarrollado, valgan como ejemplos Tierra de Barros y La Campiña sur, en la provincia de Badajoz. En el resto del territorio el primigenio bosque mediterráneo fue progresivamente aclarándose hasta conformar el sistema o entramado de la dehesa, donde la ganadería tenía un peso muy importante debido a estos condicionantes. Agroecosistemas como las huertas tradicionales se relegaban al extrarradio de los pueblos y ciudades, es decir, a los emplazamientos donde la presencia de manantiales y corrientes de agua de acusado régimen pluvial permitían el cultivo de hortalizas, verduras y determinadas frutas, las cuales necesitan un manejo continuado mediante el aporte de agua y nutrientes, razón por la cual no pueden mantenerse en predios demasiados alejados de los núcleos urbanos, a no ser que haya veneros que garanticen el riego.

La dehesa tradicional es, pues, resultado de la adaptación a un entorno con un clima con unas particularidades únicas en las zonas templadas del planeta, haciendo uso de una tecnología que no fuerza los límites ambientales, como sí lo hacen los sistemas agroganaderos intensivos que han transformado el paisaje, han modificado los manejos del campo y han cambiado las pautas de alimentación de las personas.

Volvemos a insistir en que todo paisaje implica acción humana y también en la existencia de paisajes generados a tenor de planes específicos, en contraposición a los que se han configurado merced a procesos graduales. Un ejemplo recurrente del primer caso es el instaurado en la cuenca del río Guadiana a finales de los años cincuenta del siglo XX, en el contexto de los proyectos de colonización del franquismo: el conocido Plan Badajoz¹⁸. Los secarrales y dehesas se transformaron en

18 Con el nombre de Plan Badajoz se hace referencia a un proyecto, llevado a cabo desde la administración franquista, mediante el que se crearon, a finales de los años cincuenta del siglo XX, alrededor de medio centenar de pueblos en las Vegas del Guadiana, a su paso por la provincia pacense, convirtiendo en espacios de agricultura intensiva de regadío antiguos agroecosistemas en los que medraban secarrales, pastizales y dehesas, lo cual dio lugar al surgimiento de paisajes radicalmente distintos a los precedentes. El proyecto tuvo como objetivo asentar a colonos en estos pueblos para poder activar la producción agraria, gestionándose desde instituciones de la época como el INC (Instituto Nacional de Colonización) y el IRYDA (Instituto para la Reforma y Desarrollo Agrario).

Destacamos las dos siguientes referencias bibliográficas para analizar este fenómeno:

MARCOS ARÉVALO, J. *Desarraigo/Arraigo/Desarraigo (La construcción de la identidad social en una comunidad de arroceros en las Vegas Altas del Guadiana)*. Diputación Provincial de Badajoz (Departamento de Publicaciones). Badajoz, 2003.

ESPINA HIDALGO, S.; MOSQUERA MÜLLER, J. L. *Pueblos de colonización de Extremadura*. Colección Historia Agraria y Rural. Junta de Extremadura, Consejería de Agricultura y Desarrollo Rural, 2010.

espacios de regadío; los sistemas extensivos en intensivos y los aprovechamientos, en muchos casos múltiples, que integraban ganadería y agricultura, en monocultivos, preferentemente con especies como el tomate, el maíz, el girasol y ya en la etapa democrática el arroz.

Pero los paisajes genuinos de Extremadura, y en general del cuadrante suroccidental peninsular, son resultado de dinámicas mucho más lentas, de fenómenos parcialmente conscientes y parcialmente inconscientes. Hay acciones conscientes, pues la tecnología se inventa para roturar, para despejar las masas forestales y para convertir el espacio en un lugar habitable en función de las necesidades humanas, pero también inconscientes, si tenemos en cuenta que la configuración de los paisajes culturales tradicionales de Europa no son resultado de una idea definida de antemano, de ningún proyecto diseñado, sino resultado de las posibilidades con las que han contado los seres humanos en cada momento. Ningún plan específico diseñó la dehesa, pues la misma es resultado de la aplicación de una tecnología actuando en entornos con determinadas posibilidades y limitaciones. De ese modo, en nuestras latitudes mediterráneas se tuvo que hacer frente a la desfavorable coyuntura estival, donde coexisten la sequía y el calor.

También es importante no olvidar que los paisajes no se entienden sin analizar sus conexiones con las estructuras de poder; en nuestro caso, según se implanten el latifundismo o el minifundismo, dos realidades definidoras del mundo rural extremeño.

En definitiva, y siguiendo a Martínez de Pisón, podemos decir que el paisaje es resultado de una mirada que reorganiza el espacio estableciendo con él una relación cultural¹⁹.

19 MARTÍNEZ DE PISÓN, E. «Los paisajes de los geógrafos», Revista Geographica, 55, pp. 5-25, 2009., en Downloads/Dialnet-LosPaisajesDeLosGeografos-3132999.pdf

2. ¿Qué es la dehesa?

Hay diferentes definiciones de dehesa si buceamos en los textos legales y en los estudios que se han abordado sobre ella. La ley de la dehesa, aprobada en 1986 en Extremadura, la identifica en su artículo 1 con «toda finca rústica en la que más de 100 hectáreas de su superficie, sea susceptible, según su destino agrario más idóneo, de un aprovechamiento ganadero en régimen extensivo»²⁰. El diccionario de la RAE define la voz como «tierra generalmente acotada y dedicada a pastos». La Sociedad Española para el Estudio de los Pastos describe la dehesa como una «superficie con árboles más o menos dispersos y un estrato herbáceo bien desarrollado, en la que ha sido eliminado, en gran parte, el arbustivo. Es de origen agrícola (tierras labradas en rotaciones largas) y ganadero». Del mismo modo, se refiere a la misma diciendo que «su producción principal es la ganadería extensiva o semiextensiva, que suele aprovechar no sólo los pastos herbáceos, sino también el ramón y los frutos del arbolado». Por otro lado, el Libro Verde de la Dehesa la define como un «Sistema de explotación ganadera y/o cinegética de carácter multifuncional en que al menos el 50% de la superficie está ocupado por pastizal con arbolado adulto disperso productor de bellotas y con una fracción de cabida cubierta entre el 5 y el 60%»²¹.

Las anteriores definiciones nos aproximan al entendimiento del sistema que forma una dehesa, pero para concretar, diremos que la dehesa es un espacio forestal ahuecado, es decir, privado de la densidad de arbolado del primitivo bosque, pero manteniendo las especies leñosas autóctonas, con objeto de hacer compatibles, de forma complementaria, tres tipos principales de aprovechamiento: forestales, agrícolas y ganaderos. Podríamos, pues, identificar a la dehesa con un paisaje, pero también con un entramado de diversidad, parafraseando al profesor Acosta Naranjo²². La diversidad de recursos, sin embargo, no se agota en los tres tipos señalados, aunque sean los más relevantes, pues actividades como la caza, la recolección de productos silvestres (plantas medicinales y aromáticas, espárragos, setas), y en los tiempos actuales el uso del entorno como disfrute cultural y ambiental, nos indican el amplio elenco de servicios ambientales que proporcionan estos predios.

Extremadura es la referencia fundamental para hablar de estos agroecosistemas, sin embargo, la distribución de la dehesa se extiende por gran parte del cuadrante occidental de la Península ibérica, donde forma paisajes más variados de lo que a priori

20 Ley 1/1986, de 2 de mayo, sobre la Dehesa en Extremadura, DOE, 5 mayo 1986.

21 PULIDO, F., PICARDO, A. *Libro Verde de la Dehesa. Documento para el debate hacia una estrategia de gestión*, p. 8, 2010.

22 ACOSTA NARANJO, R. *Los entramados de la diversidad. Antropología Social de la Dehesa*, Col. Raíces, Diputación Provincial de Badajoz, 2002.

podríamos considerar²³. De hecho, aunque casi siempre pensemos en el encinar, hay espacios adehesados donde predominan otras especies arbóreas. Sorprendería saber, por ejemplo, que en algunas zonas de la Comunidad de Madrid existió hasta hace algunas décadas un sistema de explotación de pastizales y ramón para ganado en el que el árbol dominante era una especie caducifolia: el fresno (*Fraxinus angustifolia*). En estos lugares la madera era usada como combustible e incluso para la confección de carbón vegetal. Las dehesas de fresno de Madrid sufren, al igual que el resto, un proceso de abandono considerable, lo que unido a su escasa extensión, hace que se vean abocadas a la desaparición de no tomarse las pertinentes medidas para su salvaguarda. Del mismo modo, en comarcas castellanas de la meseta norte, donde predomina un dominio climático mediterráneo más continentalizado, se desarrollaron unos paisajes donde la escasa o incluso nula feracidad del suelo orientó las estrategias al aprovechamiento de los pastos para la cría de ganado ovino, adaptado tanto a las elevadas temperaturas veraniegas como a las bajas del invierno. Los citados pastos proporcionan a la carne del cordero lechal unas características que los convierten en pieza gastronómica altamente apreciada. En este caso, es la sabina (*Juniperus sp.*) el árbol dominante, muy importante en la arquitectura tradicional dispersa, pues su madera, dura, de consistencia casi mineral e imputrescible, la convirtió en material para los ingenios de los molinos y los entramados de las viviendas y determinadas infraestructuras agroganaderas.

2.1. Diferentes paisajes de dehesa en Extremadura

Como hemos explicado, a la hora de hablar de la dehesa es importante tener presente que se trata de un paisaje donde la estructura del bosque se ahueca para permitir diferentes usos, independientemente de cuál sea la especie arbórea dominante. Sin salirnos de los límites de nuestra región podremos encontrar diferentes tipos de dehesa dependiendo de los matices ambientales con los que nos encontremos. En ese sentido, las grandes extensiones repartidas por Extremadura, cubren amplias zonas de las provincias de Badajoz y de Cáceres. En estos casos nos referimos a los encinares, donde la especie típica es la encina (*Quercus ilex rotundifolia*). Sin embargo, no podemos obviar otros espacios adehesados que, por menos conocidos, no por ello han carecido de menor importancia para los lugareños: nos referimos a los rebollares o melojares, donde el árbol que conforma los espacios ahuecados es el roble melojo o rebollo (*Quercus pyrenaica*). El rebollo es un roble que, aun siendo más resistente

23 En España se contabilizan más de 8 millones de hectáreas de dehesa.
LINARES LUJÁN, M. A. *La evolución histórica de la dehesa: entre la persistencia y el cambio*, 2012., en <https://www.researchgate.net/publication/312472583> [fecha de consulta: 14/07/2019].

a la sequía que otros árboles de su género distribuidos en la Iberia atlántica, tiene unos requerimientos ecológicos más exigentes en humedad que la encina, por ello, sustituye a esta en determinadas zonas del norte de Cáceres, coexistiendo con la misma en comarcas como Las Villuercas y la zona de Montánchez. Incluso en el extremo meridional de la provincia de Badajoz aparecen pequeñas manchas, concretamente en Tentudía, donde se halla el pico más elevado de la región superando los 1.000 metros sobre el nivel del mar. Si nos situamos en las zonas más escarpadas de Gredos, en las cacereñas comarcas de La Vera y el Ambroz, observaremos manchas de robledal cerradas, consecuencia de la desaparición de actividades tradicionales como la ganadería caprina. Al ser un árbol caducifolio que rebrota con mucha facilidad desde la raíz es fácil que forme marañas matorralizadas con una capa de hojarasca abundante, lo que en ausencia de actividad ganadera y usos maderables hace que estos lugares pierdan la resiliencia²⁴ de antaño para defenderse del fuego, una de las lacras ambientales de nuestro tiempo. Hasta los años sesenta del pasado siglo aproximadamente, el roble melojo proporcionaba, en las comarcas septentrionales de nuestra región, hojas o *fusca* para confeccionar abono de bosque, madera para combustible, ramón para el ganado y bellotas para alimentar a los cerdos en su ciclo de engorde, aunque ciertamente tengan menos poder alimenticio y sean menos apetecibles para estos animales que las de encina. Del mismo modo, con sus troncos se hacían traviesas de ferrocarril.

En La Vera y el Campo Arañuelo (Cáceres) existen dehesas de roble rebollo en las que podemos observar cómo la fisonomía de los árboles está condicionada por los tratamientos de poda que se les han aplicado tradicionalmente. En ese sentido, los árboles se presentan con un diseño de copa globosa y fuste o tronco corto, muy alejado de la conformación «original» de los robles «asalvajados», con objeto de hacerlos más productivos para bellota y madera. En el entorno de Talayuela y Navalморal de La Mata podemos contemplar dehesas de rebollos, entremezclados con encinas, donde han desaparecido muchos de los usos tradicionales. Si echamos una ojeada a la toponimia y al callejero local de los pueblos cacereños del arco norte, observaremos cómo abundan los nombres alusivos a este árbol, prueba evidente de la importancia que tuvo en la economía agroganadera tradicional. En ese sentido, voces como «Robledillo» y «Rebollar», tanto en la nomenclatura de las calles como en los nombres de las localidades, son comunes, igual que en la identificación de las fincas.

Por otro lado, el alcornoque (*Quercus suber*), por su especificidad, como analizaremos en páginas posteriores, merece ser tratado aparte, aunque no deje de ser un tipo de dehesa como tantos otros.

24 Por resiliencia ecológica entendemos la capacidad de un ecosistema para recuperarse de las perturbaciones. <https://boletinagrario.com/ap-6,resiliencia+ecologica,4707.html> [fecha de consulta: 15/09/2019].



Las bellotas de la encina son únicas entre los árboles del género Quercus por su valor alimenticio, sobre todo para el ganado porcino.

2.2. Origen de las dehesas

Es común retrotraerse a épocas remotas para indagar en el origen de la dehesa, hasta el punto de hacer referencia al Neolítico, con la aparición de la agricultura y la ganadería, como el contexto en el que el primitivo entorno comienza a transformarse. Este tipo de insinuaciones, cuando menos, o afirmaciones, cuando más, es necesario tomarlas con reservas si lo que pretendemos es huir de análisis esencializadores que juegan a menudo con lo indemostrable. El paisaje de dehesa se inicia y consolida en una serie de etapas que se remontan a la Edad Media, coincidiendo en el tiempo, parafraseando a Linares Luján, con el proceso de repoblación iniciado en tiempos de la conquista castellana²⁵.

Cierto es que no puede negarse que el surgimiento de la actividad agrícola modifica paulatinamente el medio, pues la necesidad de cultivar hace imprescindible ganarle terreno al bosque, el cual se desarrolló en Europa tras la última glaciación del Cuaternario, cuando el retroceso de los hielos hace que pierdan terreno los páramos donde vivía una nutrida fauna, concretamente grandes mamíferos, cazada por nuestros ancestros paleolíticos, pero siempre teniendo presente en este análisis que no puede concluirse que el origen del paisaje de la dehesa se remonte a estas épocas; otra cosa es que analicemos este fenómeno como el inicio de una acción humana sobre el entorno que proporcionaría a este su sello antrópico, sin el cual es imposible entender lo que llamamos naturaleza, como defendemos en este ensayo. En ese sentido, el surgimiento del bosque fue paralelo a la desaparición de los grandes herbívoros y sus depredadores, pues el nuevo espacio es incompatible para la megafauna de la era glacial. Estos cambios ambientales hicieron que la estrategia de la domesticación de los animales y el incipiente cultivo de cereales y leguminosas comenzara a modificar con lentitud el entorno, ya que estas actividades son más eficientes para la obtención de alimentos que la caza cuando se produce la extinción de los grandes herbívoros²⁶. El bosque se llena poco a poco de claros, donde los primeros poblados se asientan practicando una aún rudimentaria agricultura, integrada con la cría de los primeros animales herbívoros salvajes que darían lugar a nuestras ovejas, vacas, cerdos y cabras domesticadas.

En el caso de las latitudes mediterráneas, donde se desarrollarían mucho después las dehesas, no podemos olvidarnos del fin de la era glacial, hace unos 15.000

25 Recomendamos de forma encarecida la lectura del artículo de Linares Luján que citamos, en el cual se detallan las etapas de la formación de la dehesa, analizando su evolución hasta el presente prescindiendo de caer en la búsqueda de orígenes remotos. En este trabajo nos hemos basado, en gran medida, a la hora de redactar este capítulo, planteándonos como objetivo combatir las afirmaciones, más emocionales que científicas, que piensan en clave de tiempos inmemoriales a la hora de hacer referencia a la gestación de cualquier fenómeno.

LINARES LUJÁN, M. A., *op. cit.*, 2012.

26 HARRIS, M. 1985. *El materialismo cultural*. Alianza, Madrid, 1985, pp. 103-106.



Torrejón El Rubio (Cáceres).

años, porque es en este momento cuando se afianzan los contrastes climáticos en la Península Ibérica. Este fenómeno configura una evidente diferenciación entre el verano y el invierno, según estemos, más o menos, en el norte o en el sur –inviernos suaves en la mitad sur y fríos en el norte e interior; y, del mismo modo, veranos muy calurosos en el sur y suaves en el norte–.

Jesús Garzón Heydt, en su ensayo sobre los orígenes de la trashumancia²⁷, hace referencia a las características del clima mediterráneo para explicar los orígenes de dicha actividad ya en el paleolítico, pues las poblaciones humanas entendieron el carácter cíclico de los movimientos de los herbívoros salvajes que, de forma alternativa, se desplazaban a la meseta norte en verano para aprovechar el frescor de los pastos y regresaban al sur en invierno, al ser estas zonas más soportables para los animales en esta época, además de proveedoras de alimento.

Tendríamos que dar un gran salto en el tiempo, hasta llegar a la Edad Media, cuando la trashumancia se convierte en una actividad fundamental en la economía de aquellas centurias, pues ya en aquel tiempo rebaños de ovejas se desplazaban por los caminos que configuran las centenarias vías pecuarias para poder hacer frente a la adversidad climática de cada lugar y aprovechar así los pastos en la estación

27 GARZÓN HEYDT, J. «La trashumancia como reliquia del Paleolítico». *Simposio-Actas: Trashumancia y Cultura Pastoril en Extremadura*, Asamblea de Extremadura, 1992, pp. 27-36.




Talarrubias (Badajoz).

adecuada. La creación en el año 1274, por el rey Alfonso X «El Sabio», del Honrado Concejo de La Mesta es un hito importante, pues el mismo hace referencia a la institucionalización y regulación de una actividad que fue clave para la evolución de los paisajes mediterráneos de la Península Ibérica, donde la dehesa se configura como uno de los más genuinos.

Sin duda, la actividad ganadera, junto a las roturaciones del bosque que desde la época romana se venían haciendo en la Iberia mediterránea para la producción cerealista, tuvieron como consecuencia ese progresivo aclaramiento de las masas forestales primigenias, a las que en su momento aludió Estrabón, cuyo lento resultado fue un paisaje más aclarado, donde el arbolado del bosque antiguo permanece, pero con una densidad menor.

Pero lo sensato, insistimos, es analizar la configuración de las dehesas durante aquel período histórico denominado conquista castellana. Concretamente en Extremadura, esta conquista se desarrolla entre los siglos XI y XIII y es un período que refiere a la lucha abierta y a la vez ósmosis cultural entre el horizonte cristiano y Al Andalus. Como muestra Linares Luján, los espacios situados en torno y al sur del valle del río Tajo, áreas donde hallamos las dehesas genuinas, no comienzan a ser invadidos de modo permanente por las tropas castellanas hasta primeros del siglo XIII. No pasaría mucho tiempo, a partir de este momento, hasta la ocupación del valle del Guadalquivir, con lo cual, lo que hoy es Extremadura se convirtió en un



territorio para la colonización. El citado autor aporta un dato crucial para entender la posterior configuración y evolución de las dehesas: que la repoblación en Extremadura quedaría en segundo plano, pues las zonas del Levante (Murcia, Valencia) al poseer terrenos más fértiles, ocuparían un lugar más importante en este proceso.

En aquel tiempo, hubo momentos en los que el territorio que hoy corresponde a Extremadura –cuya voz viene de lo que en aquel tiempo se identificaba con los *extremos* del río Duero– era una especie de tierra de nadie, disputada entre castellanos y andalusíes y gestionada, tras la progresiva ocupación de los reyes castellano-leoneses, por las Órdenes Militares (Santiago y Alcántara) y por la nobleza que acaparó grandes latifundios.

En este contexto histórico se halla la clave, como explica Linares Luján²⁸, para entender el asentamiento de la dehesa. ¿Por qué? El retraso en el proceso de colonización del territorio desde el norte será responsable del asentamiento de vacíos demográficos, con lo cual, la escasa urbanización unida a la escasez de población potenciará el desarrollo de una ganadería manejada en extensos territorios menos aptos para la agricultura que los de otras zonas de la Península, conservando el arbolado del bosque primigenio.

A partir de estas consideraciones, podemos sintetizar diciendo que la consolidación de la dehesa se encuadra en un contexto temporal que va desde mediados del siglo XIII hasta mediados del siglo XVIII, siguiendo las interesantes aportaciones de Linares Luján, en quien nos apoyamos para analizar estos hechos. El proceso de roturaciones que ganan terreno al bosque denso pudo comenzar antes de la conquista, si bien no se desarrolla ampliamente hasta este momento²⁹. Un interesante documento como el *Libro de Montería* del rey Alfonso XI incita a pensar que la colonización castellana estuvo relacionada con la progresiva introducción de la agricultura y la ganadería, al abrirse paso en el bosque de encinas, quejigos, alcornoques y robles melojos.

Los documentos de los siglos XIII, XIV y XV (fueros y mandatos, entre otros) nos permiten saber de la existencia en esa época de tierras de carácter concejil, es decir, adscritas a la propiedad de los pueblos, donde se incluyen las dehesas acotadas y las tierras comunales (en estas últimas se incluyen los terrenos del común y los baldíos). Estos espacios tendrían un papel social de gran importancia en los siglos venideros, si tenemos en cuenta que la tónica a partir de entonces sería la progresiva concentración de tierras en pocas manos.

A tenor de lo anterior puede también concluirse que se produce una creciente tendencia a la apropiación individual de los terrenos colectivos, debido a la ocupación del espacio para crear terrenos de cultivo y al propio desarrollo del

28 LINARES LUJÁN, A. M., *op. cit.*, 2012, p. 13.

29 BERNAL, A. *Poblamiento, transformación y organización social en el espacio extremeño (siglos XIII al XV)*, Mérida, Editora Regional Extremeña, 1998, cit. en: LINARES LUJÁN, A., *op. cit.* 2012, p., 14.

adhesamiento del bosque. Todo ello merma poco a poco el patrimonio destinado a los vecinos. Y en consonancia con el ahuecamiento de la masa forestal, la ganadería lanar trashumante, instalada primeramente en los señoríos tanto laicos como eclesiásticos, comienza a poblar las hierbas de otoño e invierno, cedidas en arrendamiento por los concejos o ayuntamientos con objeto de financiar los gastos de la administración municipal.

En este contexto, donde se observa una progresiva merma de lo público, llegamos al inicio del siglo XVI, pudiendo decir que la dehesa extremeña se encuentra ya más o menos desarrollada. Linares Luján hace referencia, en este caso, a una cuestión que nos parece muy importante, pues se relaciona con una configuración paisajística y de distribución de agroecosistemas que, salvando las diferencias temporales de unos 500 años, es similar a la que puede hallarse en el mundo contemporáneo. Y es que durante la repoblación, ha quedado encajada entre los límites de los terrenos de cultivo y los extremos de cada término municipal, un anillo intermedio en el que vecinos, concejos o ayuntamientos y señores laicos y eclesiásticos poseen extensos cotos en redondo y más o menos arbolados, es decir, adhesados.

El crecimiento de la población, entre los siglos XVI y XVIII, salvando el período de crisis que significó la centuria del XVII, estuvo en relación con la ejecución de nuevos rompimientos para roturar y crear espacios para el cultivo. Podemos decir, para esta época, que el aprovechamiento más importante es el ganadero, concretamente los pastos frescos de otoño e invierno que sustentan a las ovejas que pasan el verano en las tierras de la meseta norte. En todo ello tiene mucho que ver la solvencia económica de los ganaderos de las regiones del norte y el papel del citado Honrado Concejo de La Mesta. Por detrás de estos aprovechamientos se hallaba el uso comercial de la bellota en montanera consumida por los cerdos, arrendada en los terrenos privados y cedida por el precio convenido al común de los vecinos de los pueblos en las fincas públicas. Hay otra serie de aprovechamientos que, aun siendo menos importantes en el plano comercial, no por ello son irrelevantes; nos referimos a los pastos de verano y a los restos de los cultivos (rastros, barbechos) utilizados tanto en dehesas públicas como en privadas³⁰.

Ya hemos comentado que la ganadería, en estos períodos, era el más importante de los aprovechamientos. Ahora bien, el hecho de que durante mucho tiempo se considerase a la agricultura y a los usos forestales menos relevantes, se debía a una concepción del análisis económico desde el reduccionismo mercantilista, ya que, por ejemplo, el hecho de que los productos forestales no tuvieran en estos siglos importancia comercial no implicaba que no fueran cruciales para la producción, pues del tratamiento del arbolado dependía la cosecha de bellotas. Del mismo modo, la vegetación resultante de talas y cortas, así como el matorral, eran fundamentales

30 LINARES LUJÁN, A. M., *op. cit.*, 2012, p. 17.



Vista de límites de un cortijo, Nogales (Badajoz).

para la construcción de aperos agrícolas, chozos y viviendas. En lo referente a la agricultura, el cultivo predominante era el cereal para consumo humano, aplicando los correspondientes sistemas de barbecho, con períodos de rotación más o menos prolongados según la calidad de los suelos.

Entre mediados del siglo XVIII y mediados del XIX contamos con datos más precisos sobre el cómputo global de la superficie ocupada por la dehesa en Extremadura y en otras regiones de España. Concretamente, el Catastro de la Ensenada (1750-1754) muestra que los espacios adehesados ocupan más del 30 por ciento de todo el terreno contabilizado por la Corona en las actuales Extremadura, zonas de Castilla La Mancha y las provincias andaluzas de Sevilla, Córdoba y Jaén. Si bien los datos hay que tomarlos con reservas, lo que está fuera de toda duda, como indica Linares Luján, es que un porcentaje relevante del terreno considerado como «monte» ha sido ahuecado³¹ y, consecuentemente, convertido en dehesa en estos siglos.

Es importante hacer referencia, en estos momentos, al conflicto entre ganaderos y agricultores, con el correspondiente discurso antimesteño, pues la creciente demanda de terrenos para cultivar por una población que crecía era la antesala de tal enfrentamiento. Pero a pesar de la simpatía del pensamiento de los ministros ilustrados por las medidas que favorecieran la roturación de tierras a tenor de estas

31 LINARES LUJÁN, A. M., *op. cit.*, 2012, p. 18.

necesidades, en la práctica, fue la oligarquía que defendía la utilización de los pastos de la dehesa para uso ganadero la que ganó la batalla.

Aun así, es evidente que a la entrada del siglo XIX se puede constatar un proceso de progresiva agricolización de la dehesa. La crisis de la Mesta, debido a la creciente importación de lana, abrió las puertas en Extremadura a la roturación de tierras para cultivar, concretamente, procedentes de buena parte de la superficie que fue vendida con las desamortizaciones liberales –la de Mendizábal en 1836 y la de Madoz en 1855–, que venía sobre todo de tierras en manos de la Iglesia y de titularidad municipal. Es importante tener en cuenta que este fenómeno hace que la oveja cumpla un importante papel como generadora de estiércol de gran calidad, al mismo tiempo que se extienden las bestias de labranza; es decir, se produce, tras la crisis de la ganadería trashumante, una mayor integración del ganado en la explotación agrícola, estando ya configurado, más o menos, el sistema de la dehesa como lo conocieron las últimas generaciones que vivieron el mundo rural tradicional que sucumbió en los años sesenta del siglo XX: un sistema integrado de usos ganaderos, agrícolas y forestales.

3. La dehesa tradicional entre los años 40 y 60 del siglo XX

Para entender qué era la dehesa hasta los años sesenta del siglo XX y cómo y por qué ha llegado a ser lo que es en la actualidad es imprescindible, desde nuestro punto de vista, estudiar a una serie de autores que la han analizado desde tres campos: el económico, el histórico y el antropológico. Pablo Campos Palacín, Javier Sánchez Marroyo y Rufino Acosta Naranjo³² son, respectivamente, algunos de los especialistas que han estudiado este agroecosistema desde dichos prismas, siendo, desde nuestra humilde óptica, los referenciales. Del mismo modo, el profesor Fernando Pulido Sánchez ha realizado una serie de reflexiones de sumo interés con la finalidad de proponer alternativas viables para luchar contra los problemas de envejecimiento, enfermedades y no reposición que asolan a la dehesa³³, buscando alternativas productivas novedosas que se adapten a las particularidades, debilidades y potencialidades de este agroecosistema; todo ello dentro de la búsqueda de soluciones a la dificultad del campo extremeño para asentar a la población.

La dehesa tradicional cedió paso a una dehesa que hoy día funciona desde otros parámetros. ¿Cómo eran ambas realidades y qué pasó para que se llegara a la situación actual?

A grandes rasgos, la dehesa tradicional sucumbe a partir de los años sesenta del pasado siglo, cuando las transformaciones del mundo rural hacen desaparecer los sistemas productivos, en la ganadería y la agricultura, basados en el aprovechamiento de la propia energía animal y humana y en la integración de ambas actividades, obteniéndose los nutrientes del estiércol de bestias, vacas y ovejas y reutilizando la práctica totalidad de los subproductos generados en los diferentes aprovechamientos que coexistían.

En definitiva, la dehesa tradicional se conformaba como un sistema integrador de usos ganaderos, agrícolas y forestales. Apenas había insumos de fuera, en forma de fertilizantes químicos y semillas y razas ganaderas no autóctonas, al contrario de lo que ocurre hoy día con la agricultura tecnificada y la ganadería intensiva.

32 Las referencias a las obras de Pablo Campos Palacín y Rufino Acosta Naranjo aparecen a lo largo del texto, siendo fundamentales para el análisis de la dehesa desde los planos económico y antropológico, respectivamente. En el plano histórico la siguiente obra nos parece esencial: SÁNCHEZ MARROYO, F. *Dehesas y terratenientes en Extremadura. La propiedad de la tierra en la provincia de Cáceres en los siglos XIX y XX*. Asamblea de Extremadura. Villanueva de La Serena, 1993.

33 Nos muestra el profesor Pulido que «solo una de cada 10.000 bellotas produce una planta y la probabilidad de que fructifique, finalmente, es cero». Y prosigue diciendo que «la dehesa (...) tiene un defecto de fábrica y es que con el paso de los años pierde árboles y lejos de todo lo que pueda pensarse, la principal razón, aunque no sea la más llamativa, es porque no hay regeneración, nacen muchos menos de los que se pierden. Si nacieran árboles nuevos no habría problema». <https://fregenal.hoy.es/noticias/201803/25/regeneracion-plantas-resistentes-como-20180325111804.html> [fecha de consulta: 22/03/2019].

Podríamos, pues, concluir que el sistema «antiguo» de la dehesa formaba un ciclo cerrado, a imagen y semejanza del que forma un ecosistema primigenio, donde la producción de alimentos comienza a través de la energía del sol y el CO₂ sintetizados por las plantas, prosigue con el aprovechamiento de las mismas por los animales y vuelve a cerrarse con los nutrientes que ambos proporcionan al suelo; un ente vivo y dinámico que sustenta la vida. En ese contexto, todas las acciones encaminadas a la producción de pastos, leña, bellotas y ganado canalizaban la energía hacia el ser humano; una energía que de otro modo se volvería a reintegrar en los ciclos iniciales de la cadena alimenticia. Cuando se poda una encina, desde su formación, hasta que se convierte en un árbol productor de fruto, los tratamientos consiguen que la energía que el árbol distribuiría para el crecimiento de ramaje «superfluo» se canalice a la producción de bellotas para proporcionar alimento al ganado, lo que a su vez logra que una parte de dicha producción, en lugar de integrarse en la cadena trófica, siendo alimento para animales salvajes, o de que germinen dando lugar a plántulas, vayan a parar a los ciclos productivos orientados a obtener alimentos y otros recursos para los humanos.

Para entender el funcionamiento de la dehesa tradicional resulta imprescindible apelar a los trabajos de Rufino Acosta Naranjo³⁴, en los cuales se habla de aquella como un entramado de aprovechamientos múltiples que configura un agroecosistema con unas características definidas por las dinámicas que someramente describimos en este ensayo.

Por otro lado, en la dehesa tradicional participaban diferentes actores, cada cual en una diferente posición de poder en función de su capacidad de controlar recursos estratégicos, como resumiremos en el capítulo dedicado a la realidad social. En dicho apartado nos referiremos, aunque sea someramente, a las dehesas boyales, pertenecientes a los municipios, en muchos casos desde la Edad Media. En ellas, la población, empobrecida y/o con medios exiguos, como es el caso de los yunteros, tenía la posibilidad, aunque en situaciones de pura subsistencia, de disponer de un poco de terreno para cultivar o mantener algunas cabezas de ganado que pudieran sostener las maltrechas economías familiares. En cualquier caso, el colchón social que han supuesto las dehesas boyales para la población empobrecida y su adscripción como algo propio, a lo que los lugareños tienen derecho, ha convertido a muchos de estos parajes en zonas con importante significación a nivel simbólico para la memoria colectiva de la Extremadura rural³⁵.

34 ACOSTA NARANJO, R. (coord.); AMAYA CORCHUELO, S.; DÍAZ AGUILAR, A. L.; *Memoria de la tierra, Campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía: Dehesa y tierras calmas*, vol 1, CEDECO, Monesterio, 2001.

ACOSTA NARANJO, R. *Ibidem.*, 2002.

35 PÉREZ RUBIO, J. A. *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura (1940-1975)*. S.: Estudios. MAPA. Secretaría G. Técnica, 1995.

3.1. Los usos forestales en la dehesa tradicional

Sería erróneo afirmar que la dehesa es un espacio forestal, un tipo de bosque, coloquialmente hablando, pues sólo se entenderá este sistema desde el prisma de los usos múltiples. No obstante, su personalidad viene marcada por la arboleda autóctona, puesto que juega un papel fundamental en la configuración del paisaje.

A un viajero curioso, no familiarizado con nuestro medio rural, siempre le llama la atención la disposición del arbolado en la dehesa. Aquel aparece con menor densidad que en un bosque cerrado, de manera que nos podría recordar más a una sabana por la cantidad de espacio entre un árbol y otro, lo cual permite el mantenimiento de amplias zonas para el desarrollo del pastizal y para la agricultura.

Para que una dehesa prospere es imprescindible la presencia de los árboles, pues además de mantener el equilibrio biológico del suelo, proporcionan con su sombra posibilidades para la retención de humedad en espacios azotados por la sequía del verano, garantizando que el sistema provea de pastos y zonas adecuadas para determinadas producciones agrícolas, además de generar nutrientes con sus hojas y subproductos derivados de podas y talas. La presencia de determinados hongos en el suelo resulta fundamental para la salud del arbolado, pues llevan a cabo una serie de asociaciones simbióticas con las raíces gracias a las cuales nuestros árboles absorben los nutrientes esenciales para su desarrollo y se protegen de los ataques de determinados organismos. En ese sentido, la presencia en nuestras dehesas de hongos de géneros como *Boletus* no solo ofrece, actualmente, manjares gastronómicos, sino algo mucho más importante: el mantenimiento de la salud forestal, pues está demostrado que la *micorriza*, nombre con el que se conoce a esta asociación entre el hongo y el árbol, es la clave para el desarrollo de encinas, alcornoques y robles.

Si volvemos a referirnos a la dehesa como paisaje cultural, hemos de tener en cuenta que la fisonomía de los árboles es pura consecuencia de la acción humana, adoptando aquellos una morfología que se aleja de la que conforman los especímenes primigenios, en aras a la producción de bellotas, leña y demás elementos aprovechables. Observando el aspecto de los árboles característicos de la dehesa podremos comprobar cómo su tronco es corto, en relación al diámetro del ramaje, con follaje globoso o achatado, todo con objeto de maximizar dichas producciones. En el caso del alcornoque el árbol adopta una morfología diferente, pues en esta especie el producto principal es el corcho, siendo el fruto y el ramaje secundarios, aunque jamás carentes de utilidad en el contexto de la economía rural tradicional.

A grandes rasgos, el proceso de formación de una dehesa se inicia con la eliminación de parte de la masa forestal, con objeto de obtener áreas despejadas que, sin prescindir del arbolado, permitan disponer de pastos para el ganado y espacios para el cultivo. Al mismo tiempo que se lleva a cabo este proceso de ahuecamiento,

se seleccionan aquellos árboles que se orienten mejor a las necesidades productivas. En ese sentido, las encinas de bellota dulce irán, progresivamente, seleccionándose en detrimento de aquellas ricas en compuestos amargos. El poder alimenticio e incluso el paladar de las bellotas de la encina, forman parte del fascinante resultado de la lenta y progresiva intervención cultural en estos árboles mediterráneos, pues ya desde tiempos antiguos se iban seleccionando ejemplares cuyos frutos eran apreciados por su dulzor; no sólo para el ganado, sino también como alimento humano. Cervantes nos cuenta que don Quijote y Sancho, al recibir la hospitalidad de unos cabreros, estos les ofrecen una pitanza donde se incluyen «bellotas avellanadas», es decir, de gusto agradable al paladar³⁶. Del mismo modo, cuando Teresa Panza recibe la misiva de la duquesa que junto con su marido hace burla inmisericorde del caballero andante y su escudero, aquella solicita a la mujer de Sancho bellotas dulces, alimento y a la vez golosina³⁷; y en los años de la posguerra hay testimonios de nuestros abuelos que describen la confección de una especie de perrunillas, uno de nuestros dulces típicos, con el ingrediente básico de estos frutos. El papel de las bellotas como alimento humano desde la Antigüedad es un interesante capítulo para la investigación.

En el caso del alcornoque, los tratamientos se orientaron hacia la maximización de la producción de corcho. Y si hacemos referencia al roble rebollo podremos comprobar cómo en muchas ocasiones, cuando aparecen formando parte de la arboleda principal de una dehesa, o entremezclados con encinas, su estructura de tronco corto y ramaje globoso es muy diferente de la que observamos en las áreas de montaña, tal y como señalábamos antes al hablar de estos espacios en la comarca cacereña del Campo Arañuelo.

Las podas de formación de una encina persiguen el logro de un árbol cuyo objetivo principal es la producción de bellota. Una vez que el árbol ha logrado una disposición y edad determinada, se realizan, durante el invierno, época en la que la savia está parada, las podas de producción, tendentes a garantizar el abastecimiento de este recurso. Una cuestión importante en los tratamientos culturales de estos árboles, es tener en cuenta que, al mismo tiempo que se realizan las podas, con dicho objetivo se producía una biomasa, en forma de leña y ramaje, que tenía un papel fundamental en la economía de la dehesa. En ese sentido, la madera producida se orientaba a la confección de carbón vegetal, el cual se obtenía emplazando las carboneras en la propia finca. El producto obtenido tenía en la industria de las regiones del norte industrial de España uno de los destinos importantes. La confección del carbón

36 CERVANTES SAAVEDRA, M. *Don Quijote de La Mancha*. Edición de José María Pagador, Tecnigraf editores. Indugrafic editores, capítulo 11, p. 76. (correspondiente a la 1ª parte: El ingenioso hidalgo Don Quijote de La Mancha, 1605), Badajoz, 2005.

37 CERVANTES SAAVEDRA, M., *op. cit.*, capítulo 50, p. 626 (correspondiente a la 2ª parte: El ingenioso caballero Don Quijote de La Mancha, 1616), Badajoz, 2005.



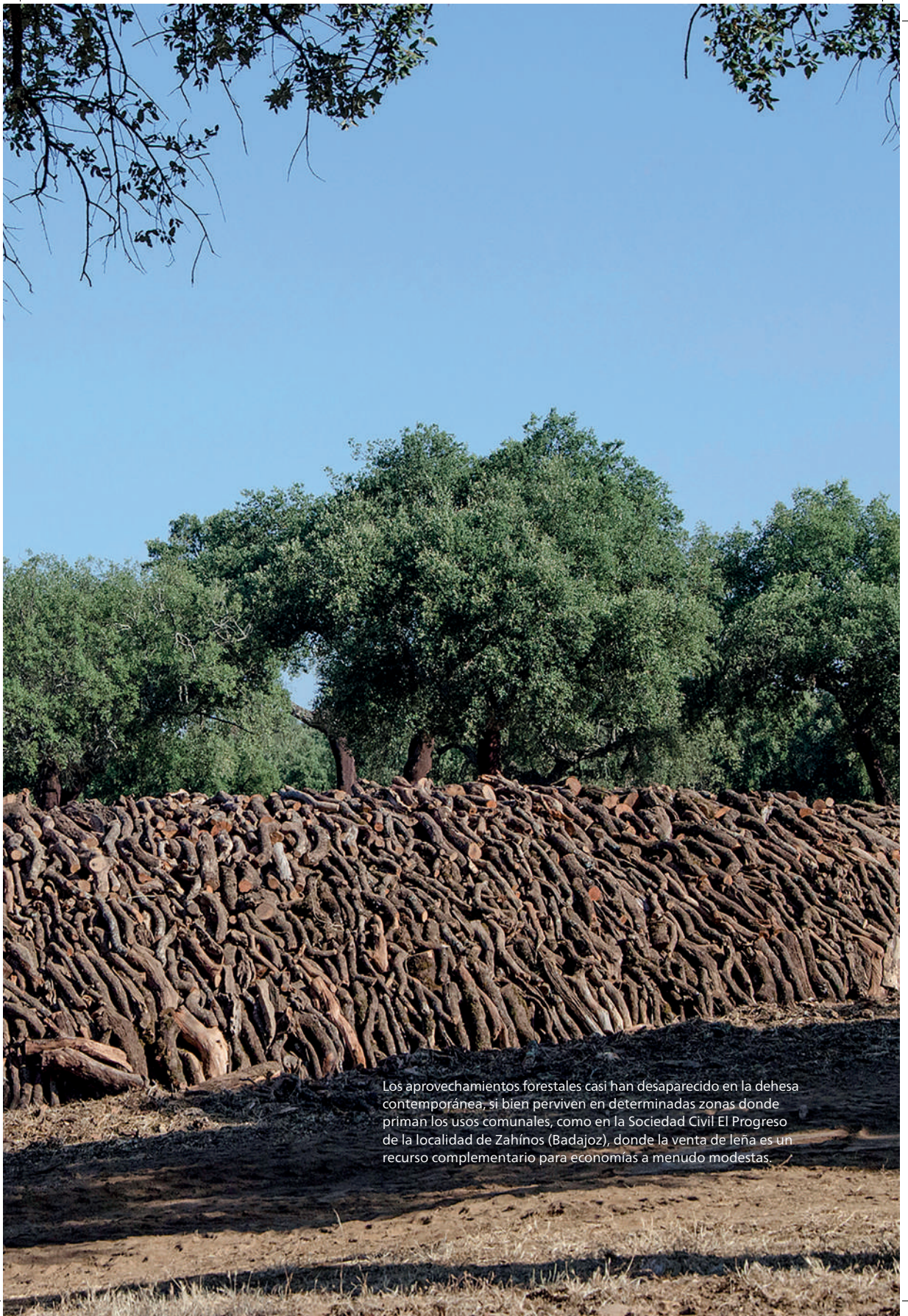
Acopio de ramas o taramas. Determinados restos de la poda de encinas y otros árboles tuvieron una importancia estratégica fundamental para las economías modestas. En la actualidad es un aprovechamiento testimonial y localizado, como en esta dehesa integrada en los terrenos comunales de la Sociedad Civil La Benéfica, en Higuera de Vargas (Badajoz).

exigía una pericia de conocimientos muy precisos, pues para obtener un producto de calidad había que vigilar día y noche el proceso de combustión de la madera. Los majanos de troncos que se amontonaban para ser utilizados en este menester se colocaban con un sorprendente preciosismo, cuestión que aún hoy podemos observar en las dehesas, aunque ya esta actividad haya perdido la importancia de antaño, cuando no ha desaparecido en muchos casos.

Del mismo modo, el follaje y las ramas, denominadas estas últimas *taramas* en algunas comarcas, servían como parte de la alimentación de determinado ganado y para confeccionar el conocido *picón* o cisco, el cual servía como combustible para calentarse en invierno. Podemos concluir que la confección de carbón era una actividad más especializada por su complejidad y su papel económico como recurso que aportaba ingresos a las fincas. Por el contrario, el *picón* se relacionaba con una actividad complementaria, propia de las estrategias de trabajo de familias humildes, en bastantes casos hundidas en la miseria, trabajadoras o no de las fincas, o bien poseedoras de pequeñas propiedades u ocupadas en diferentes sectores, que necesitaban complementar sus rentas³⁸. En nuestros pueblos la confección y venta de *picón* ha sido una actividad común que sobrevivió a la dehesa tradicional, de hecho, hasta finales de los años ochenta del siglo XX seguía usándose en las viviendas para

38 ACOSTA NARANJO, R., *op. cit.*, 2001, pp. 148-154.





Los aprovechamientos forestales casi han desaparecido en la dehesa contemporánea, si bien perviven en determinadas zonas donde priman los usos comunales, como en la Sociedad Civil El Progreso de la localidad de Zahínos (Badajoz), donde la venta de leña es un recurso complementario para economías a menudo modestas.

calentarse en invierno en los conocidos *braseros*, plataformas metálicas en las cuales se depositaba, encendiéndose con brasas ardientes y cubriéndose después con cenizas para generar un efecto horno que garantizara la emisión de calor y colocándose bajo una mesa. Preparar un buen brasero era un pequeño ritual doméstico que ha desaparecido con la generalización de otras fuentes de calor provenientes de la electricidad, el gas butano o el gas natural, siendo uno de los elementos más recordados de la sociabilidad familiar en nuestra región. No siempre las personas que se dedicaban a esta actividad, tomando como espacio temporal de referencia al período comprendido entre 1940 y 1965, aproximadamente, contaban con el beneplácito de los dueños de la finca, por ello, no eran raras las situaciones en las que se llevaba a cabo este trabajo arriesgándose a ser amonestado por los guardas de las fincas o la Guardia Civil, todo dentro de la utilización de medios represivos al servicio de los grandes propietarios. Algo parecido ocurría con los hurtos de bellotas, sobre todo en los peores años tras la Guerra Civil –durante la década de los años 40–, período en el que el hambre y la pobreza asolaban el campo extremeño. Rufino Acosta muestra que una de las bases para entender la conflictividad social de la Extremadura rural durante el franquismo se relacionaba con el control de los recursos de la arboleda. Del mismo modo, Maurizio Catani recoge testimonios de jornaleros, en los años previos a la Guerra Civil y poco después de la misma, en el sur de la provincia de Badajoz, en los que se explica que la situación de quienes hurtaban bellotas era, a menudo, tan miserable que, aún a riesgo de ser amonestados con severos castigos, hacían acopio de los frutos para venderlos a quienes tenían cerdos para engordar, siendo esta actividad, en ocasiones, una alternativa para evitar depender de la caridad o de la mendicidad³⁹.

Otras quercíneas como el ya citado roble rebollo y el quejigo (*Quercus faginea*) también eran utilizadas para el aprovechamiento de la bellota y la leña, si bien ambas son de menor calidad en estos casos. Por ejemplo, la bellota de rebollo no tiene tanto valor alimenticio como la de la encina y su madera tiene menos poder calorífico. No obstante, en las comarcas del norte de Cáceres, donde la encina escasea, el roble era fundamental para la obtención de combustible, ramón para el ganado y también bellotas que formaban parte del ciclo de engorde del cerdo. Y en relación al quejigo, la presencia en sus ramas de numerosas agallas, que son excrecencias que produce el árbol al reaccionar a la puesta de los huevos de determinadas especies de avispas, dentro de las cuales se desarrollan sus larvas, hace que su valor como combustible sea menor, lo que no significa que donde este árbol era común no se utilizara⁴⁰.

39 CATANI. M. (coord.); AMAYA CORCHUELO, S.; DÍAZ AGUILAR, A. L. *Comer en Tentudía. Aproximación etnográfica a la alimentación y los hábitos de vida de la gentes de Tentudía en los últimos setenta años*. CEDECO, Monesterio, n.º 1., 2001, pp. 67-69.

40 En algunos pueblos, el quejigo, por la abundante presencia de estas agallas en su follaje, recibe el nombre popular de «gallaero».



El roble rebollo es un árbol que ocupa regiones mediterráneas más próximas a climas más húmedos y fríos. Los rebollares también han formado dehesas, como algunas de las que observamos en comarcas de la Alta Extremadura. Losar de La Vera (Cáceres).

Una cuestión interesante a la hora de hablar de la *montanera*, nombre que recibe el período del año en el que el cerdo se alimenta de las bellotas en la dehesa, es la relacionada con la existencia de dehesas multiespecíficas, es decir, aquellas en las que coexisten diferentes especies de árboles productores de estos frutos. De cara al aprovechamiento de este recurso por estos animales, la coexistencia de encinas y quejigos, en unos casos, o de encinas, quejigos y robles, en otros, permite el desarrollo de una interesante estrategia: el alargamiento de la montanera, lo que posibilita al ganado porcino prolongar su alimentación con la bellota, cuestión que es debida a que el fruto no madura al mismo tiempo en unas especies y otras. No es algo demasiado frecuente, pero sí muy interesante de cara al despliegue de estrategias productivas en la dehesa.

En algunas grandes fincas con holgada disponibilidad de recursos, incluso podían permitirse la ubicación de sequeros de bellotas, emplazamientos situados en cortijos u otros lugares en los que una parte de la cosecha se sometía a un proceso de secado para proporcionársela a los animales una vez concluido el período de maduración. El sequero era una dependencia donde las bellotas, una vez recolectadas, se colocaban en una plataforma a media altura. En la parte inferior se colocaba ramaje seco y al prenderse, el humo que se desprendía sometía a los frutos a dicho proceso, lo que permitía su conveniente conservación, almacenándose las bellotas deshidratadas como si fueran castañas «pilongas» o secas.

3.1.1. El corcho. Producto genuino del agroecosistema de la dehesa

El alcornoque (*Quercus suber*) es una especie que proporciona uno de los sellos a la personalidad de nuestra agrodiversidad, pues es un árbol que limita su distribución geográfica al contexto mediterráneo, incluyendo parte del norte de África. De la Península Ibérica sale la práctica totalidad del corcho que se produce a nivel mundial, muy por encima del resto de los territorios donde se distribuye el árbol. Nuestra vecina Portugal es la primera productora a nivel mundial, siendo España la segunda, con Extremadura a la cabeza. También existen algunos pequeños núcleos en la reducida franja mediterránea del sur de Francia.

El alcornocal es un tipo de espacio adehesado paradigma de la sostenibilidad, pues al tiempo que garantiza la salvaguarda de un espacio forestal con grandes valores ambientales por su contribución al mantenimiento de la diversidad faunística, florística y fúngica, permite la obtención de un producto único como el corcho.

Durante mucho tiempo, el aprovechamiento del corcho fue testimonial, en lo que se refiere a su explotación comercial, aunque tenía un papel importante en la cotidianidad, al ser un producto susceptible de ser utilizado para los más variados

menesteres. La trascendencia económica del corcho en las fincas privadas no se produce hasta las primeras décadas del siglo XIX⁴¹.

Se trata de un árbol que, siendo característico de los ambientes secos y cálidos del sur de Europa, tiene unos requerimientos en humedad más exigentes que los de la encina, por ello tiende mejor a desarrollarse en aquellas comarcas donde la media de precipitaciones sea algo superior a la que corresponde a la Extremadura más meridional y tórrida. Del mismo modo, en el caso de los terrenos con pendiente, medrará mejor en las laderas de umbría, que corresponden a las orientadas al norte, en contraposición a las de solana, orientadas al sur, por estar aquellas menos sometidas a la insolación y a la sequía.

El proceso de la «saca» del corcho representa una cultura del trabajo específica. Se trata de un oficio cualificado que ha de ser complementado con otras rentas, pues al estar concentrado en un período anual muy concreto, el verano, no puede configurarse como actividad única o principal. Hay un rico léxico en la «saca», la cual, al contrario de lo que ha ocurrido con otras actividades forestales tradicionales, no ha desaparecido, al ser el corcho un producto con una importante salida comercial, mayormente hacia la industria del vino, concretamente para la fabricación de tapones, lo cual absorbía y absorbe la mayoría de la demanda de este singular producto. Pero todo ello significa que depende mucho de unos vaivenes de mercado que por su filosofía no tienen en cuenta lo que significa el mantenimiento de esta especie y sus actividades laborales, asociadas a la conservación de la biodiversidad y de los modos de vida de nuestros territorios. Aunque la industria del vino sea lo que ha mantenido y sigue manteniendo la producción, el corcho también fue relevante en la economía tradicional, concretamente para el desarrollo de la apicultura, pues las antiguas colmenas se construían con este material, algo que desaparece con la introducción de los modernos sistemas⁴². Del mismo modo, en un contexto marcado por la religiosidad popular del catolicismo, se empleaba y se emplea para confeccionar los portales de Belén durante la Navidad; también como material decorativo y en variadas labores de artesanía.


El corcho es una cobertura que desarrolla el tronco y el ramaje del alcornoque, como respuesta defensiva del árbol a un elemento propio de las latitudes mediterráneas como es el fuego. Los incendios forman parte de la dinámica de muchos ecosistemas áridos y semiáridos en diferentes partes del Globo, así como de aquellos, como es nuestro caso, en los que independientemente de la distribución de las lluvias y las temperaturas a lo largo del año, hay un período, más o menos prolongado, de coexistencia entre sequía y calor. En estos contextos, mucha de la flora asociada a

41 LINARES LUJÁN, A. M., *op. cit.*, 2012, p. 21.

42 CALDERÓN TORRES, C. *La miel en Extremadura: Fuenlabraba de Los Montes*, Lecturas de Antropología, Dirección General de Bibliotecas, Museos y Patrimonio Cultural, 2017, pp. 22-23.



Extracción o «saca» del corcho en
Fregenal de La Sierra (Badajoz).



estos ambientes ha desarrollado una serie de técnicas, para evitar la pérdida excesiva de agua y para defenderse de las llamas, que son ejemplo para estudiar cómo la Selección Natural, fenómeno descrito por Charles Darwin en el siglo XIX, desarrolla fascinantes estrategias en las plantas en aras de la supervivencia. El corcho tiene la capacidad de ser refractario al fuego. De hecho, es común que en zonas arrasadas por los grandes incendios forestales que asolan nuestros montes, como consecuencia del abandono de la agricultura y ganadería tradicionales y la pérdida de mosaicidad en el paisaje, observemos pies de estos árboles que pese haber sido atrapados por lenguas de fuego no se hallan calcinados, pues el corcho contiene unas sustancias naturales que impiden la combustión. Este hecho nos habla de cómo determinadas especies autóctonas son baluartes para luchar contra unos incendios que, lejos de ser fenómenos naturales a los que el entorno se adapta, como ocurría primigeniamente, son resultado de la pérdida de resiliencia del paisaje, como consecuencia de los desequilibrios producidos tanto por el abandono al que hacemos referencia, como por el arraigo de especies que carecen de estas técnicas para defenderse del fuego, las cuales contribuyen a la expansión violenta de las llamas, léase eucaliptos y pinos resinosos.

La «saca» del corcho se sigue haciendo de forma muy parecida, en los tiempos actuales, a como se hacía en el contexto tradicional, si bien, y como es lógico, se han producido determinados cambios como consecuencia de las transformaciones en los sistemas de transporte y las comunicaciones. La «saca» se lleva a cabo por vez primera cuando el árbol ronda aproximadamente unos 30 años de vida y el diámetro de su tronco alcanza alrededor de 60 centímetros. De esta primera «saca» se obtiene un corcho denominado *bornizo*, el cual se utilizaba y se utiliza para determinados menesteres, por ejemplo, para hacer cuencos para beber.

El correspondiente a la segunda «saca» recibe el nombre de *segundero*. Cuando el árbol tiene una edad suficiente ya ofrece producciones con la calidad necesaria para hacer del resultado una materia prima apta para la demanda de la industria. El tiempo que transcurre entre una extracción y otra es de 9 años y los trabajos se deben hacer en verano, pues es la época en la que circula la savia en el árbol con mayor vigor, facilitándose así el arranque sin que el árbol sufra ningún daño. Recién extraído el corcho, la corteza del árbol que bajo él se presenta, llamada *casca*, quedará exhibida con un llamativo color amarillo anaranjado, el cual permitirá discriminar fácilmente a estos árboles en el paisaje. La corteza irá oscureciéndose progresivamente, mientras las células del corcho se van regenerando hasta que transcurra el tiempo para realizar una nueva extracción.

Los operarios que extraen el corcho tienen que conocer con precisión el manejo de las herramientas, pues en caso contrario, al utilizar el hacha característica para arrancar el corcho, podrían provocar lesiones en la *casca*, lo cual afectaría al posterior crecimiento, ya que las heridas pueden dar lugar a reacciones en la corteza, con



El corcho del alcornoque es uno de los productos genuinos de la dehesa. Portugal es la primera productora a nivel mundial, seguida de España, con Extremadura a la cabeza.

el resultado de malformaciones en las planchas de corcho que restarían calidad al producto. Para realizar la «saca» hay que realizar un trazado en el tronco en sentido horizontal, de manera que el hacha atravesase toda la corcha sin dañar la casca. Posteriormente, con el mismo instrumento, se produce una abertura en vertical para finalizar dislocando el corcho, con objeto de que este se desprenda limpiamente del tronco. Una vez que se extrae, un operario, el cual recibe a veces el nombre de *rajaor*, corta convenientemente el producto para que tenga un tamaño adecuado para su transporte, a lomos de bestias. Las «corchas» extraídas reciben el nombre de *panas*. Las cuadrillas de «sacaos» están dirigidas por un *manijero*⁴³.

43 Para estudiar la saca del corcho en el contexto de la dehesa tradicional apelamos a los estudios de Rufino Acosta Naranjo: ACOSTA NARANJO, R., *op. cit.*, 2001; ACOSTA NARANJO, R., *op. cit.*, 2002, pp. 154-160. El Instituto del Corcho, la Madera y el Carbón Vegetal (IPROCOR) es un centro, dependiente de la Junta de Extremadura, adscrito al Centro de Investigaciones Científicas y Tecnológicas de la región, cuyos objetivos son: «contribuir, desde el conocimiento y la investigación científica, a la protección y conservación de la dehesa y de los montes y a la promoción de los sectores vinculados a este ecosistema, como el corcho, la madera, y de uno de sus derivados, el carbón vegetal. Su actividad abarca la investigación para mejorar la gestión de los recursos forestales y naturales de la dehesa; el diagnóstico y control de enfermedades que afectan a alcornoques y encinas; la promoción de las mejoras tecnológicas e innovadoras en el proceso de producción y transformación de las industrias corchera y carboneras; el estudio y el desarrollo de proyectos en la búsqueda de nuevas aplicaciones y usos del corcho y del carbón vegetal». <http://cicytex.gobex.es/es/centros/icmc> [15/09/2019].

3.2. Los usos agrícolas en la dehesa tradicional

Hasta los años sesenta del pasado siglo muchas dehesas se cultivaban de modo que la configuración del suelo era más compleja que en la actualidad.

La siembra de cereales era común en la dehesa tradicional. En la praxis de antaño se hallaba extendido el sistema de barbecho, con objeto de dejar descansar la tierra, con sistemas anuales, en unos casos, o más prolongados, en otros, dependiendo de las posibilidades de los suelos.

El centeno, cereal recio y con pocos requerimientos, se sembraba a menudo donde la escasez de nutrientes hacía difícil el arraigo de especies más exigentes. En algunos lugares se hablaba de la existencia de «tierra triguera» y «tierra centenera» para identificar los lugares adecuados para una siembra u otra. El centeno era utilizado generalmente para proporcionar alimento al ganado rumiante, aunque en determinadas coyunturas el grano se molturase para confeccionar pan. Por otro lado, el trigo panificable, concretamente las variedades tradicionales, generaban, además del grano, una importante cantidad de paja que surtía de alimento al ganado. Y en lo que se refiere al ciclo tradicional del engorde del cerdo, el grano procedente de la cebada y el centeno jugaba, en muchas ocasiones, un papel importante.

La siembra de determinadas leguminosas como el altramuz (*Lupinus sp.*), estaba destinada a la alimentación estival del cerdo⁴⁴. Al mismo tiempo, con ello, se ayudaba

44 La importancia del altramuz en el ciclo de engorde tradicional del cerdo, en ausencia de piensos, era tal, que en determinadas fincas existían unas interesantes infraestructuras: los cocederos de chochos, nombre popular de esta leguminosa, los cuales tenían el cometido de someter a cocción los altramuces con objeto de hacerlos comestibles para el ganado, pues albergan unos compuestos químicos tóxicos que había que eliminar mediante este proceso. La relevancia estratégica de estos emplazamientos, sus conexiones con un proceso de trabajo preciso y su relación con la arquitectura tradicional de la dehesa, aproximadamente hasta los años sesenta del pasado siglo, fueron argumentos para declarar al Conjunto de Huerta, Noria y Cocedero de Altramuces de la finca La Cabra, en Monesterio (Badajoz), como Bien de Interés Cultural, con la categoría de Lugar de Interés Etnológico, según lo dispuesto en la Ley 2/99 de 29 de marzo de Patrimonio Histórico y Cultural de Extremadura. Para profundizar en la importancia de estos emplazamientos recomendamos la siguiente publicación:

AMAYA CORCHUELO, S. *Los chochos. De recurso de la dehesa a patrimonio cultural*. Lecturas de Antropología, Oficina de Patrimonio Etnológico, Dirección General de Patrimonio Cultural, 2001.

Con fecha de 28 de noviembre de 2018 la UNESCO inscribió el arte de construir muros en piedra seca en la Lista Representativa del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad. Todo ello forma parte de la consideración como bienes patrimoniales de los saberes, conocimientos y artes que formen parte de la cultura de los pueblos, lo cual se reflejó en el Convenio para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial, aprobado en 2003 y ratificado por España en 2006. De los elementos incluidos dentro de esta técnica tan propia de la arquitectura de la dehesa, y que también aparece en los distintos países donde se ha llevado a cabo este reconocimiento, además de España, también Croacia, Chipre, Francia, Grecia, Italia, Eslovenia y Suiza, se hallan varios de los que en Extremadura fueron declarados como Bien de Interés Cultural, con la categoría de Lugar de Interés Etnológico, según la Ley 2/99 de 29 de marzo de Patrimonio Histórico y Cultural de Extremadura. En el caso concreto de los conjuntos representativos de la dehesa extremeña, donde la piedra seca está presente, han logrado este reconocimiento el conjunto al que hacemos referencia y el Conjunto de Corralás de ganado porcino de la Dehesa Boyal de Torrequemada (Cáceres). Tampoco podemos olvidarnos de las paredes de piedra que tradicionalmente han servido, y siguen sirviendo, para establecer las lindes entre fincas en nuestras


a la fijación de nitrógeno atmosférico, servicio ambiental de regulación, como se diría hoy, proporcionado por las especies de esta familia, aunque tuvieran menor capacidad para ello que otras plantas afines.

También es necesario apuntar la existencia de producciones variopintas, desde otras leguminosas como carillas y garbanzos, hasta patatas y sandías, e incluso tomates, las cuales podían hallarse en determinadas circunstancias en la dehesa tradicional, cuando se daban las condiciones ambientales y edafológicas. En relación a estos últimos productos es interesante señalar el papel que tenían en las economías más humildes, cuando los lugareños tenían posibilidad de sembrar en las parcelas que se les asignaban desde los ayuntamientos en las dehesas boyales, lo que demuestra el importante papel social de estos predios públicos si tenemos en cuenta, aún con los matices correspondientes, el predominio del latifundismo en la distribución de la propiedad de la tierra en buena parte de Extremadura.

Una de las realidades menos conocidas, o más olvidadas, de la dehesa tradicional es la inserción, en los lugares donde había acuíferos, de agroecosistemas que nunca podrían medrar en estos lugares en ausencia de aquellos: concretamente las huertas. En la Iberia mediterránea las huertas forman parte del paisaje del ruedo o la campana, ese cinturón concéntrico, más o menos extendido a partir del final de los cascos urbanos, en el que se desarrollaban diferentes espacios agroganaderos, generando una gran heterogeneidad paisajística y mucha agrodiversidad. La razón por la cual las huertas se desarrollaban en estos lugares, no demasiado alejados del pueblo o la ciudad, era que los asentamientos de población, históricamente, se ubicaban en las zonas más fértiles, donde el acceso al agua fuese lo más cercano posible. Del mismo modo, eran sitios adecuados para el cultivo de hortalizas y verduras de hoja, especies que representan el paradigma de la domesticación de las plantas, pues al requerir constantes cuidados sucumbirían con gran facilidad ante los elementos naturales o los animales herbívoros. La huerta es la domesticación de la naturaleza por antonomasia, pero a la vez adaptándose a los condicionantes y limitaciones ambientales.

No obstante, cuando se daban las condiciones óptimas (presencia de agua y animales que generasen el abono adecuado en forma de estiércol), las dehesas tenían capacidad de integrar en su seno este tipo de espacios, los cuales, además de aumentar las posibilidades de generación de alimentos, transferían recursos a la propia dehesa, concretamente materia verde, procedente de las verduras, que alimentaban a determinados animales como las vacas, las cuales son problemáticas de mantener en el sistema tradicional de la dehesa debido a su dependencia de hierba y vegetales frescos, aunque haya razas adaptadas a estas limitaciones como la retinta y la berrenda.

dehesas, duro trabajo no exento de unos conocimientos precisos que se transmitían, hasta hace muy poco, de generación en generación.



En ocasiones, las huertas podían medrar en la dehesa; siempre y cuando hubiera manantiales que garantizaran el aporte de agua durante los largos períodos de sequía. Monesterio (Badajoz).

3.3. Los usos ganaderos en la dehesa tradicional

La ganadería en la dehesa tradicional es un ejemplo de adaptabilidad a un medio ecológico en el que las razas locales se desarrollaron tanto para resistir la adversidad climática, como para aprovechar las oportunidades diferenciales que ofrece el entorno. En ese sentido, los ciclos vitales del ganado en aquel contexto se basaban en los condicionantes marcados por el ciclo anual, donde el clima, con su distribución de temperaturas, y la disponibilidad de agua, pastos, frutos y otros recursos se sustentaban en la estacionalidad, la cual no se fuerza. Y por último, el manejo de los animales domésticos en el sistema tradicional ha de entenderse dentro de un contexto donde ganadería, agricultura y usos forestales no son compartimentos estancos, sino actividades interconectadas.

3.3.1. El cerdo en la dehesa tradicional

La primera especie a la que vamos a hacer referencia, en una síntesis necesariamente apretada, es al cerdo, animal que a pesar de enfrentarse en la dehesa a coyunturas difíciles, concretamente las marcadas por el verano, encuentra en aquella, sin embargo, un entorno especialmente ventajoso.

El cerdo, al contrario que el ganado rumiante, no puede subsistir de pastos y demás elementos vegetales ricos en celulosa, pues su estómago monogástrico, como el humano, le impide digerir y aprovechar con éxito este tipo de vegetación. Del mismo modo, su naturaleza sedentaria, poco andariega, más su carencia de glándulas sudoríparas, le hacen soportar mal las altas temperaturas y la ausencia prolongada de agua para bañarse, algo que tiene que hacer con frecuencia ante la ausencia del mecanismo del sudor corporal, cuya función es refrescar el cuerpo cuando aquel se evapora. En ese sentido, los veranos mediterráneos son un evidente problema para estos animales, pues a la ausencia en estas fechas de los alimentos que necesitan, en forma de frutos, bulbos y granos, se le suman inconvenientes generados por el clima. No obstante, las grandes ventajas que ofrece la dehesa al cerdo el resto del año, junto a las hábiles estrategias de los sistemas tradicionales de manejo para solventar estos inconvenientes, compensan con creces estos problemas.

En el contexto de la economía previa a la entrada de capital en el campo, el cerdo se adaptaba bien a la hora de producir carne orientada al autoconsumo familiar. Para ello hemos de tener en cuenta que es un animal con gran capacidad para ganar peso, siempre y cuando se alimente con subproductos domésticos y restos vegetales adecuados procedentes de espacios como huertas y similares. Por ello, engordar un cochino en casa, o en emplazamientos y zahúrdas cercanas a la vivienda, ha formado parte de las estrategias económicas de muchas familias.



Cerdos alimentándose en la dehesa, Toril (Cáceres).

Del mismo modo, su prolificidad hace que su cría a pequeña escala permita la obtención de ingresos adicionales, cuestión de especial relevancia en economías de autoconsumo, al poder venderse lechones o animales de mayor edad. Esta última cuestión también provocó que, incluso antes de la entrada de circuitos comerciales amplios en el medio rural, la cría de cerdos en Extremadura ya estuviera integrada en sistemas industrializados, de hecho, en la dehesa de antaño, podemos hallar desde sistemas de cría a pequeña escala, orientados al consumo directo, hasta infraestructuras conectadas con la demanda de los mataderos industriales, los cuales irrumpen en esta época, siendo pionero el desaparecido Matadero Regional de Mérida (Badajoz), un ejemplo de lo que significó este fenómeno, cuyas obras comenzaron en 1927, tomando su auge en 1935, cuando se hizo cargo de él el conocido empresario gallego afincado en la ciudad José Fernández López⁴⁵. En lo referente a la producción industrial es importante recordar que durante un tiempo, los mataderos eran reacios a la compra de cerdos ibéricos, pues sus canales son más

45 Este matadero industrial, en los años 50 del siglo XX, aportaba al mercado nacional el 11,33 por ciento de la carne de porcino y vacuno, cuestión reseñable, cuantitativamente hablando, en el contexto del raquíptico sector industrial de Extremadura.
https://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/merida/dossier-matadero-agosto-valcarce-ii_167565.html [fecha de consulta: 16/09/2019].





Cerdos alimentándose en dehesa.
La montanera es el período del año en el que
estos animales se alimentan de las bellotas
maduras de las encinas y otros árboles afines.



grasosos que los de otras razas foráneas⁴⁶ y en aquel momento se ignoraba, o no se tenía en cuenta, que la grasa de estos animales, criados desde los criterios de manejo tradicional, tiene una naturaleza insaturada en relación a la de los cerdos criados intensivamente a base de piensos, lo cual la convierte en una alternativa alimentaria saludable en comparación con la carne de otras estirpes. Por otro lado, la irrupción de la peste porcina africana generó un varapalo muy importante a la salida comercial de estos animales. Las consecuencias de esta contrariedad se han prolongado hasta etapas muy recientes⁴⁷.

46 FERNÁNDEZ-PALACIOS, C.; LARA GONZÁLEZ, M. D.; HERRERA, C. M. *El monte mediterráneo en Andalucía*. Junta de Andalucía. Consejería de Medio Ambiente, Fundación Gypaetus, 2005, p. 175.

47 De una de las referencias bibliográficas alusivas al bosque y matorral mediterráneo en Andalucía, reproducimos un fragmento que resume las consecuencias de esta enfermedad para el sector del cerdo ibérico: «La peste porcina africana llegó a Europa por Portugal en 1957, y en 1960 se detectó en España, extendiéndose luego con gran rapidez. Aunque infectó a todas las cabañas porcinas, las más afectadas fueron las de los cerdos caseros y las de cerdos en extensivo (...). Las matanzas caseras empezaron a disminuir con el abandono del campo y el cerdo ibérico se depreciaba cada vez más en los mercados. Las dificultades de control fitosanitario en las explotaciones extensivas hicieron que en éstas fuera más difícil de erradicar (...) En los años 60 la crisis de la dehesa era extrema, y sólo gracias al heroico comportamiento de muchos ganaderos de porcino se consiguieron mantener muchas explotaciones...». También se apunta que: «Entre los años 1956-1986 el censo de reproductores se redujo de 567.424 cabezas a 97.658». Es importante reseñar que no fue hasta los años 80 cuando comienza a cobrar consideración el cerdo ibérico, debido a la demanda de unos productos de calidad, entre ellos el jamón. FERNÁNDEZ-PALACIOS, C.; LARA GONZÁLEZ, M. D.; HERRERA, C. M.; 2005. *op. cit.*, pp. 173.

El cerdo en la dehesa ha sido y es carta de presentación de Extremadura, territorio en el que la cultura gastronómica está íntimamente conectada con estos animales, generando desde productos que han formado parte de los platos más humildes hasta aquellos que se han convertido en refinados lujos. En ese sentido, desde el tocino, presente en los monótonos cocidos de garbanzos de las parcas economías de nuestros mayores, hasta el jamón, producto prohibitivo en las mesas modestas, provienen de estos animales generadores de identidad. Cuando decimos del cerdo «hasta los andares», estamos haciendo referencia a nuestra cultura porcícola, como en su momento señaló Marvin Harris, y en nuestra región, Marcos Arévalo y Flores del Manzano⁴⁸.

Centrándonos en la cría tradicional con objeto de autoconsumo es interesante recordar cómo en las dehesas boyales de titularidad pública y también en las privadas, estos animales eran mantenidos, en muchas ocasiones, en zahúrdas de piedra y tierra, donde una cochina de cría paría los lechones, los cuales, tras su destete, se alimentaban aprovechando la hierba fresca de primavera para luego, como ocurre con frecuencia, ser llevados a las viviendas para iniciar su proceso de engorde. Pero esto no significaba que la dehesa dejara, a partir de este momento, de transferir recursos a los animales, pues no era raro que los dueños de las pequeñas pjaras, e incluso de un par escaso de animales, recogieran las bellotas de las encinas al llegar el otoño y las trasladaran a la vivienda para que fueran aprovechadas junto con toda suerte de desperdicios caseros. A este sistema lo denominan, en algunos de nuestros pueblos, como el de los «guarros de vida»⁴⁹, pues el cometido de las zahúrdas instaladas en este caso en las dehesas públicas, era ubicar una paridera en un lugar adecuado, y no el engorde de los animales. Esta cuestión vuelve a ejemplificar el importante papel socioeconómico, décadas atrás, de las dehesas boyales. En las dehesas privadas algunos empleados de las fincas (cabreros, pastores, etc.) criaban alguna cabeza de este ganado, lo cual complementaba sus exiguos recursos. Y en relación a la producción destinada al comercio, ya en esta época, las infraestructuras más complejas que hemos citado se relacionaban con un manejo que, aunque se integraba en la dinámica productiva de la dehesa, estaba orientado a la industria cárnica.

48 FLORES DEL MANZANO, F. 1993. «Análisis etnohistórico de la matanza del cerdo en Extremadura», *Saber Popular*, n.º 8. Federación Regional de Folklore. Consejo Regional de Investigación y Difusión, 1993, pp. 17-28.

HARRIS, M. 1997 (1980). *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Alianza Editorial, Madrid, 1997 (1980), págs. 38-60. MARCOS ARÉVALO, J. «La cerdofilia extremeña. Una visión desde la antropología. Revista de Estudios Extremeños». ISSN 0210-2854. Vol. 46. N.º 2, 1990, pp. 445-456.

PENCO MARTÍN, A. D. *El cerdo ibérico y su entorno*. Diputación Provincial de Badajoz, 1995.

49 SÁNCHEZ EXPÓSITO, I. *La dehesa boyal de Torrequemada. Dimensión etnohistórica de una propiedad municipal y su arquitectura asociada*. Lecturas de Antropología. Dirección General de Bibliotecas, Museos y Patrimonio Cultural, 2016, pp. 51.





Zahúrda para ganado porcino en San Pedro de Mérida (Badajoz).

3.3.2. La oveja en la dehesa tradicional

El cerdo es el animal que para mucha gente está a la cabeza del imaginario de la dehesa, no obstante, hay especies que han sido fundamentales a la hora de configurar el paisaje adehesado del suroeste de la Península Ibérica, concretamente la oveja. La raza merina, la más adaptada tanto a los rigores del calor veraniego, como a los períodos más fríos en los territorios con matices climáticos más continentalizados, es la que ha sido protagonista del modelado paisajístico de la dehesa. Desde antiguo, la trashumancia ha marcado fuertemente la personalidad de nuestro entorno, como hacíamos referencia en la introducción. Esta actividad exige el desplazamiento periódico de los rebaños desde las zonas interiores de la Meseta, ubicadas en torno y al norte del río Duero, hasta las comarcas más meridionales y secas de Extremadura y Andalucía, emulando desde tiempo atrás los desplazamientos de los herbívoros salvajes. Nuestra oveja merina fue seleccionada, no tanto para la producción cárnica y lechera, aunque en la actualidad la carne y la leche de oveja formen parte de reputados productos gastronómicos, sino para la obtención de un producto que durante siglos ha marcado la economía asociada a las regiones interiores españolas: la lana. Ya hemos hecho referencia a la creación, en el siglo XIII, del Honrado Concejo de La Mesta, a través del cual se organizaba y regulaba la actividad trashumante. Durante el período central del Imperio, reinando Carlos V y Felipe II, en el siglo XVI, la exportación de lana a los Países Bajos fue decisiva en la obtención de divisas junto con la llegada de oro y plata de América, para entrar la actividad en decadencia a partir del siglo XVII. El uso de la lana como fibra básica para la confección de prendas de distinto tipo ha sido clave para el mantenimiento de la oveja como ganado fundamental en la dehesa hasta bien entrado el siglo XX. En ese sentido, el manejo tradicional de este animal seguía los parámetros de adaptación a las posibilidades y limitaciones ecológicas de la dehesa tradicional, desarrollando una cultura del trabajo, la de los pastores, que albergaba un sinfín de conocimientos.

Recordando una vez más que nos hallamos en un contexto de integración entre agricultura y ganadería, es importante señalar que en el aporte de nutrientes al suelo de la dehesa, con objeto de mantener la actividad agrícola y generar pastos aprovechables para el ganado, el estiércol de oveja, por su gran calidad, era muy apreciado, hasta el punto de que se desarrolló una modalidad de abonado denominada *majadaleo*, la cual consistía en rotar de forma itinerante a los rebaños en diferentes partes de la finca, para que pasaran la noche en diferentes puntos localizados y así abonaran el suelo con sus deyecciones. Además, el estiércol de ovino era tan apreciado que traspasaba los límites de las fincas, llevándose hasta huertas y otros espacios ubicados en áreas más alejadas, aunque generalmente en circuitos que no solían traspasar lo local.



La oveja es uno de los grandes agentes modeladores de la dehesa desde los orígenes de este paisaje.

La producción cárnica de oveja en el contexto tradicional tenía como destinatario un consumidor selecto, pues por las características de este animal, así como por su menor capacidad para generar carne que el cerdo, consumir cordero era poco habitual, se centraba en ocasiones especiales y siempre y cuando las economías domésticas se lo pudieran permitir. No obstante, determinadas partes del animal, concretamente la casquería (vísceras) podían formar parte de la alimentación de los empleados de las fincas, los cuales, además de cuidar el rebaño perteneciente al dueño, podían contar con una «piara», con menor número de animales, para su propia venta y consumo.

Para guardar el ganado se construían en las fincas apriscos y majadas, habitualmente levantados en piedra seca, aunque los animales podían guarecerse en emplazamientos ubicados en los propios cortijos. No faltan algunas construcciones que se acondicionaban para eludir o minimizar los ataques de los lobos, formidables superpredadores que causaban bajas en el ganado.

Los pastores o mayores eran los encargados del manejo de los animales, no habiendo entre ellos, como muestra Acosta Naranjo, ninguna jerarquía. Estos podían tener a su servicio un zagal, el cual ayudaba en diferentes labores. Del mismo modo, otras personas podían ser «contratadas» para realizar determinadas labores durante los trabajos que se requerían durante la época en la que parían las borregas. La vida de los pastores estaba asociada a los chozos, construcciones elementales en las que se pernoctaba, a menudo con su familia, representando la modalidad de inmueble más constreñido por el entorno.

3.3.3. La cabra en la dehesa tradicional

En relación a la cabra hay que decir que aunque nunca haya sido un animal asociado, estrictamente, a la dehesa, sí se integraba perfectamente en aquellos espacios insertos en la misma que, por su orografía, no permitían el ahuecamiento clásico del paisaje, conservándose manchas de vegetación mediterránea con especies de las familias de la jara, el cantueso y la retama, así como estratos de matorral de *Quercus* que eran aprovechados por estos animales, asombrosamente adaptados para sacar partido a una vegetación rica en determinadas sustancias como la lignina, la cual exige un gran refinamiento en el desarrollo del sistema digestivo de los rumiantes. La presencia de cabras, importantes en producciones amplias al mismo tiempo que en pequeñas explotaciones relacionadas con la pura subsistencia, contribuía decisivamente al mantenimiento a raya de una matorralización excesiva que actualmente es responsable de la mayor facilidad para la expansión de los incendios.

Al contrario que la oveja, la cabra, mantenida con los propios recursos del monte, tiene capacidad para producir leche con mucha mayor eficiencia, de ahí que, de cara a la obtención de un recurso alimenticio nutritivo para las economías más modestas, que además podían vender algún cabrito, esta especie resultara especialmente adaptativa en unos contextos donde la entrada de dinero era escasa. En ese sentido, el cabrero podía ser una persona que se empleaba en la finca para otros menesteres, pudiendo complementar sus exiguas rentas con una pequeña «piara» de estos animales, o bien podía ser un empleado que era contratado *ex profeso* para manejar cantidades mayores de ganado.

3.3.4. La vaca en la dehesa tradicional

Hablar de la vaca implica hacer referencia a un tipo de ganado que se adapta con dificultad a la dehesa. Las limitaciones del calor y la sequía al llegar el verano son problemáticas para unos herbívoros rumiantes de gran tamaño que precisan pastos frescos de forma continuada. Los agroecosistemas adecuados para el ganado vacuno son aquellos donde el clima oceánico, que se da en zonas de la región eurosiberiana, permite el desarrollo de prados en los que se garantiza el aporte de hierba fresca, como en las comarcas de Cantabria, Asturias, Euskadi y Galicia. Esto explica que la vaca lechera en Extremadura haya estado asociada a las huertas del extrarradio de los pueblos, cercanas a las viviendas, prácticamente los únicos lugares donde, por la presencia de manantiales, se podía desarrollar un regadío orientado a la producción de verduras y hortalizas que surtían de alimentos a estos animales, los cuales se guardaban en las cuadras ubicadas en la propias casas, donde a menudo se las ordeñaba para obtener leche para autoconsumo y para venta local, costumbre que se mantuvo





Aunque por sus requerimientos la vaca no es un animal propio de la dehesa, hay razas que se adaptan a las desventajas de un entorno seco y tórrido que agosta la vegetación en verano. Oliva de Plasencia (Cáceres).

en nuestros pueblos hasta los años ochenta del pasado siglo. Esto explica que sólo en las zonas de la dehesa donde había acuíferos podían mantenerse vacas con estos requerimientos ecológicos. Había, no obstante, determinadas razas más adaptadas a las limitaciones a las que hemos hecho referencia, como la retinta y la berrenda, orientadas a la producción cárnica, las cuales se valoran hoy por ser proveedoras de una carne de gran calidad gastronómica.

3.3.5. Las aves de corral en la dehesa tradicional

Podríamos hacer referencia somera, en este repaso por los usos ganaderos en la dehesa de antaño, a la presencia de otro tipo de animales, concretamente al ganado aviar, pues las aves de corral han formado parte importante en la economía rural tradicional. Aunque sean, por regla general, generadoras de recursos relativamente escasos en el marco del manejo antiguo de la dehesa, son muy interesantes en un contexto donde circula poco dinero y es necesario desplegar el mayor número posible de estrategias para disponer de alimentos. Empleados de las fincas que permanecían continuamente en estas podían complementar su pequeña producción con algunas aves de corral con objeto de obtener huevos para autoconsumo, algo precioso en estas economías, casi carentes de excedentes, donde nada sobraba. Del mismo

Ganado vacuno en dehesa
de Segura de León (Badajoz).





modo, la cría de gallinas y pavos, se llevaba a cabo en los cortijos, en propiedad de la clase latifundista, bajo supervisión de algún empleado adscrito al emplazamiento, estando en este caso destinados los productos al consumo de los dueños, aunque también a la venta en determinadas épocas del año. Algunas especies como el pavo requerían pericia en su manejo, concretamente en las primeras fases de su desarrollo, al ser menos resistentes a los fríos invernales.

3.4. Otros aprovechamientos en la dehesa tradicional

El contexto de la dehesa tradicional, cuyo modelo puede ser la de los años 50 del siglo XX, obligaba a mucha gente a despertar todo su ingenio para sobrevivir, como referiremos en el capítulo correspondiente. Todo ello significó el despliegue, para muchos actores sociales de la dehesa, de determinadas estrategias para la supervivencia de las familias, basadas en muchos casos en el propio conocimiento del entorno. En toda esta suerte de toma de decisiones, se llevaban a cabo actividades, consentidas o perseguidas por las leyes vigentes, donde entraban la caza y la recolección de vegetales silvestres comestibles. En relación a la caza en la dehesa tradicional, hay que tener presente que esta actividad tenía dos vertientes: la primera tenía una orientación recreativa, practicada por los dueños de las fincas y sus invitados; la segunda se conectaba con una actividad cuyo fin era la obtención de alimentos para las economías modestas. En el primer caso, se trataba de modalidades de caza mayor y menor, mientras que en el segundo se trataba generalmente de caza menor, donde se incluían también el trampeo con ballestas y otros enseres para la captura de aves medianas y pequeñas, cuyo destino era la rifa o venta. En contextos de escasez extrema, como los de la década de los años cuarenta, practicar la caza desde estas últimas modalidades era una actividad al servicio de la escasa pitanza diaria que, al estar perseguida por los agentes del orden, y en ocasiones reprimida con castigos físicos, nos sirve para hacernos una idea de lo que significó durante gran parte de la historia de la humanidad y en diferentes contextos y áreas geográficas, pues lejos de haber sido un pasatiempo relacionado con un deporte, ha sido una actividad unida a la necesidad de obtener alimentos para los grupos domésticos.

La caza practicada por los sectores de población más humildes, donde se desplegaba un ingenioso conocimiento del entorno, el cual ayudaba a paliar la frecuente carencia de armas de fuego, ayudaba a proporcionar un conocimiento exhaustivo de la naturaleza, siendo incluso un modo de socialización para los niños, concretamente los varones, pues a través de la misma se iniciaban en el conocimiento del medio físico y aprendían sobre el comportamiento de las especies⁵⁰. Por otro lado, la caza como mero

50 CATANI, M. (coord.); AMAYA CORCHUELO, S.; DÍAZ AGUILAR, A. L., 2001. *op. cit.* pp. 85-98.

pasatiempo elitista en aquellos tiempos, simbolizaba el control de los recursos por parte de los dueños de las fincas, algo que se expresaba de forma contundente cuando en algunas propiedades asistían a las cacerías gentes de las élites económicas y políticas.

3.5. Los actores sociales de la dehesa tradicional

En un contexto marcado por el latifundismo sería fácil deducir que la gran polaridad socioeconómica que tiene como resultado dibujaría solamente dos sectores muy definidos: el de los grandes propietarios o terratenientes, establecidos como una minoría que en muchas ocasiones no residía en la zona, y el de la masa de campesinos sin tierra: desde jornaleros que sólo contaban con sus manos para trabajar, cuando eran contratados para actividades concretas, pasando por pequeños campesinos, propietarios de pequeñas parcelas que complementaban sus rentas con el trabajo en la dehesa, y los yunteros; estos últimos campesinos sin tierra pero poseedores de una yunta de mulas con la que llevaban a cabo la labranza en las fincas donde se les contrataba, o bien en las dehesas boyales.

No obstante, es necesario aclarar que también existían grupos socioeconómicos que, sin disponer de grandes latifundios ni medios de producción de la magnitud de la clase terrateniente, poseían, sin embargo, tierras y medios, nos referimos a los medianos propietarios y labradores, los cuales trabajaban sus propiedades teniendo capacidad para la contratación de jornaleros y pequeños campesinos.

En cualquier caso, el control de los recursos de la dehesa ha formado parte de la lucha surgida en un contexto gestado a partir de la concentración de tierra en pocas manos, lo cual ha generado una conflictividad social que llega hasta la contemporaneidad. El historiador José Antonio Pérez Rubio⁵¹ nos habla de cómo el conflicto social por el acceso a la tierra no sólo protagonizó el arraigo de movimientos que reivindicaban la reforma agraria y la revolución en el campo en los años de la Restauración Borbónica, desde 1874 hasta el fin del régimen de Miguel Primo de Rivera en 1929, y durante la II República (1931-1936), donde la conflictividad creció hasta el estallido de la Guerra Civil (1936-1939). Ello es así porque tras la instauración del régimen de Franco después de la guerra se devolvieron los privilegios a los grandes propietarios, pero ello no implicó la desaparición del conflicto social en el campo extremeño, sólo que en este contexto transcurre de forma soterrada. Desde las propias instituciones gubernamentales del régimen se aprobaron una serie de textos legales encaminados al laboreo forzoso en las propiedades y a la determinación, por ejemplo, del *respigueo* o aprovechamiento de la cosecha sobrante como labor social, para acabar con esta conflictividad, y

51 PÉREZ RUBIO, J. A. 1995. *op. cit.*

concretamente en Extremadura, con lo que se ha denominado como el problema de los yunteros, pues este sector social, con su yunta de mulas como único medio productivo, al verse privado de tierras para poder trabajarlas, ocupaba zonas en las dehesas privadas para tal fin, arriesgándose a ser expulsados por los dueños. Y en caso de que pudieran disponer de espacio en las dehesas públicas (boyales), el problema no acababa ahí, pues, como muestra Pérez Rubio, muchas de estas propiedades pertenecientes al municipio se arrendaban a particulares, con objeto de que las rentas que pagaban garantizaran ese ingreso a los ayuntamientos. Además, como muestra el citado autor, las dehesas boyales no garantizaban que todos los yunteros sin tierra y campesinos pobres de un municipio pudieran acceder a ellas, a pesar de que era un derecho, pues podía ocurrir que la demanda de tierras no pudiera satisfacerse para todos desde estos predios⁵². Aunque desde las disposiciones del propio régimen se aprobaron aquellos textos, tendentes a eliminar dicho conflicto, los mismos resultaron papel mojado, pues en la práctica se actuaba del lado de los grandes terratenientes. Del mismo modo, las fuerzas del orden protegían a los dueños de las fincas, no escatimando en utilizar la represión, físicamente hablando, si era necesario, ya fuera expulsando a los yunteros y campesinos de las fincas o deteniendo a los que, viéndose en situaciones de miseria, a menudo extrema, no tenían otra salida que hurtar bellotas, hacer picón sin el beneplácito de los dueños de las fincas o cazar en las propiedades de aquellos.

Del mismo modo, existían arrendatarios en las fincas cuya situación era diferente, en función de la cantidad de hectáreas que arrendaban, teniendo a su vez capacidad para disponer de mano de obra para variados menesteres.

Rufino Acosta nos explica, en sus estudios sobre la dehesa tradicional, que desde un análisis superficial parece haber en aquella «una serie de elementos que podrían dar la impresión de que no estamos ante una economía capitalista»⁵³. Del mismo modo, el citado autor nos recuerda al respecto una reflexión crucial de González de Molina y Sevilla Guzmán, según la cual se configuró el mito del atraso del campo andaluz y extremeño debido al mantenimiento en él de formas de producción feudales, pre-capitalistas⁵⁴. El análisis etnohistórico de la dehesa nos muestra que, lejos de ser un sistema, ya desde el contexto tradicional, ajeno al capitalismo, se insertaba totalmente en las dinámicas de este, como bien analizan autores de la solvencia de Martínez Alier,

52 PÉREZ RUBIO, J. A. «Datos sobre la situación del campesinado en Torrequemada durante los años 50 (fotocopias del Archivo General de Administración de Alcalá de Henares. Madrid)». Segunda Semana Cultural. *Algo de ti... Torrequemada*. Ayuntamiento de Torrequemada. Concejalía de Cultura, 1994, pp. 23-36.

53 ACOSTA NARANJO, R. *op. cit.*, 2002, pp. 570.

54 GONZÁLEZ DE MOLINA, M., SEVILLA, E.. «Ecología, Campesinado e Historia. Para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura». En: SEVILLA, E. ; GONZÁLEZ DE MOLINA, M. (eds.) *Ecología, campesinado e historia*. La Piqueta. Madrid, 1993, pp. 23-129, cit. en: ACOSTA NARANJO, R. *op. cit.*, 2002, pp. 570.

Bernal y Naredo⁵⁵. Los grandes propietarios tenían una mentalidad productivista y el latifundismo extremeño y andaluz hicieron posible la intensificación del capitalismo, prueba evidente es la presencia de mano de obra barata en las fincas, a la cual se malpagaba y explotaba, gracias al apoyo del régimen franquista a la clase terrateniente y al desarrollo de una cultura del trabajo en la que la lealtad al dueño y el clientelismo no eran anecdóticos, como muestra Rufino Acosta. Del mismo modo, no era infrecuente que a la vez que los jornaleros y campesinos pobres rechazaran a los terratenientes, sintieran respeto y consideración hacia el dueño o arrendatario de la finca, lo cual, junto con la cultura asimilada de que el «buen trabajador» debe siempre cumplir con su obligación sin cuestionar su situación y condiciones, ayudaba a los grandes propietarios a intensificar el trabajo de la gente a su cargo, evidentemente en favor de la maximización de sus ganancias y la pura explotación desde el paternalismo. En ese sentido, la propia forma de entender el trabajo de los jornaleros y campesinos pobres no ayudaba precisamente a limar la injusta situación a la que eran sometidos, lo cual venía como anillo al dedo a un sistema productivo, el del latifundismo en la dehesa, que se basaba en los patrones de la economía capitalista. Para ilustrar más la inserción de la dehesa extremeña en el capitalismo español, no olvidemos, como muestran los autores del libro *Extremadura Saqueada*, que esta región se ha configurado desde unas relaciones de dependencia energética, pues el extractivismo de materias primas y energía hacia los polos industriales fue clave para el desarrollo de estos. Del mismo modo, la trashumancia de ganado ovino hacía que los dueños de los grandes rebaños de Castilla aprovecharan los pastos de invierno en Extremadura, que en parte eran de libre disposición, utilizándose trabajadores que no eran de la zona. Esta actividad no generaba beneficios en Extremadura, con la salvedad del dinero que recibían los dueños de las fincas, explica Acosta Naranjo, cuyos pastos arrendaban.

La idea más importante que debemos tener presente de cara a valorar, desde la óptica del presente, a la dehesa tradicional, la de nuestros abuelos, como modelo del que aprender cosas, frente al desarrollo de sistemas productivos sostenibles y a la vez garantes de justicia social, es partiendo de un hecho fundamental: que la dehesa tradicional era un sistema sostenible, poco depredador de los recursos naturales y adaptada a las limitaciones del entorno, cierto. Pero sostenibilidad ambiental, la cual todos deseamos, no es siempre sinónimo de justicia social, cuestión que es fácil de analizar estudiando el latifundismo extremeño, pues el sistema generaba desigual acceso a los recursos entre la minoría propietaria y la gran masa social desposeída. El análisis de

55 MARTÍNEZ ALIER, J. «¿Un edificio capitalista con fachada feudal? El latifundismo en Andalucía y América Latina». *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 15, 1967, pp. 3-53.

IDEM. *La estabilidad del latifundismo*. Ruedo Ibérico. París, 1968.

NAREDO, J. M. «Antecedentes y características de la sociedad jerárquica que sostiene en Extremadura el expolio, con especial referencia al Plan Badajoz». En VV.AA. *Extremadura saqueada*. Ruedo Ibérico. Barcelona, 1978, pp. 11-25, cit. en: ACOSTA NARANJO, R. *op. cit.* 2002, pág. 571.



Emplazamientos ganaderos en cortijo,
Ribera del Fresno (Badajoz).



la dehesa tradicional nos sirve, como muestra Rufino Acosta, para refutar la idea de Maurice Godelier, quien defendía que todo sistema basado en la explotación también va a ser dañino con la naturaleza⁵⁶. El análisis de este autor, referencia del marxismo estructural francés, no tiene en cuenta que, en determinados contextos, como el que aquí estudiamos, el «respeto por la naturaleza» era posible gracias a la explotación de los desposeídos, de los humildes. ¿Para qué depredar sobre el medio si lo puedes hacer sobre una mano de obra barata, servil y a menudo sin conciencia de clase?

Por otro lado, en un contexto donde el patriarcado organizaba la producción y la división del trabajo, podemos encontrar cómo determinadas ocupaciones eran a menudo llevadas a cabo sólo por las mujeres. Concretamente, como muestra Rufino Acosta, era común que cuando se contrataba personal en las fincas para recoger bellotas fuesen ellas las que llevaran a cabo estas labores. Del mismo modo, el cuidado de las aves de corral en las inmediaciones de los cortijos eran también ocupaciones femeninas, mientras que actividades como la caza, como hemos señalado, eran netamente masculinas, así como gran cantidad de procesos de trabajo. En definitiva, las mujeres llevaban a cabo el cuidado de los hijos, la organización de la exigua economía doméstica, así como trabajos considerados «menores» en contraposición a los que se identificaban fundamentales para la reproducción del grupo doméstico, realizados por el hombre, considerado «cabeza de familia». En ese sentido, trabajar de empleada doméstica en las viviendas de los propietarios y sectores pudientes era considerado un trabajo menor, aunque fuese crucial en unas economías que rozaban la miseria. Si tenemos en cuenta la gran cantidad de ocupaciones de las mujeres en este contexto, podemos perfectamente darnos cuenta que sin ellas habría sido imposible ni el desarrollo de las estrategias de las familias para sobrevivir, disponiendo de escasos recursos, ni la propia reproducción de un orden social y económico que se ahorra importantes rentas con todo el trabajo no remunerado que llevaban a cabo.

3.6. El conocimiento local en la dehesa tradicional

El manejo de la dehesa hace surgir unos saberes; unos conocimientos que permiten lo que algunos autores, como Víctor Toledo, definen como la apropiación simbólica de la naturaleza. En el caso que nos ocupa, y siguiendo el análisis de la dehesa tradicional que hace Rufino Acosta, denominamos a este conjunto de saberes conocimiento local.

Para Víctor Toledo, los campesinos necesitan de «medios intelectuales» para apropiarse de la naturaleza. Dicho corpus de conocimientos es desplegado durante

56 GODELIER, M. *L'idéal et le matériel. Pensée, économies, sociétés*. Fayard, Paris, 1980. Cit en: ACOSTA NARANJO. R. *op. cit.* 2002, pág. 578.

los procesos de producción, como él mismo explica, para apropiarse de los recursos naturales mediante una acción o praxis concreta.

Víctor Toledo, al cual refiere Rufino Acosta en su estudio, señala que el conocimiento campesino debería contener al menos cuatro dimensiones: los astronómicos (conectados a la observación de los astros); los físicos (relacionados con suelos, agua, rocas y minerales); los biológicos (sobre plantas, animales, hongos y microorganismos) y los eco-geográficos (que se conectan con las unidades del paisaje conectados con el relieve, la topografía, las masas de vegetación, etc.). Del mismo modo, Toledo habla de diferentes modalidades de conocimiento campesino: estructurales (que refieren a los elementos distinguidos como discontinuidades en la naturaleza); dinámicos (referidos a los procesos); relacionales (enfocados a las relaciones y procesos entre los elementos) y utilitarios (referentes a la utilidad de los elementos o fenómenos naturales)⁵⁷.

Otro autor referencial que señala Rufino Acosta para el estudio del conocimiento local es Miguel Altieri⁵⁸, el cual distingue cuatro dimensiones en el conocimiento campesino: conocimientos sobre taxonomías biológicas locales; conocimiento sobre el medio ambiente; conocimiento sobre las prácticas agrícolas de producción y conocimiento campesino experimental.

También podemos hablar de la memoria biocultural de los pueblos⁵⁹, haciendo referencia al hecho de que la naturaleza, como hacíamos alusión en la introducción, es un constructo cultural, pues las formas de entender el entorno serán diferentes en un indígena yanomamo, en un campesino y en un gestor de los espacios forestales del gobierno, cada cual con su lógica asimilada. Todo ello implica que es imposible hablar de la cultura, entendida en términos antropológicos, sin tener en cuenta que es resultado de la naturaleza, pues nuestra especie es un ser vivo más. Al mismo tiempo, la naturaleza es resultado de la cultura, pues a partir de esta última cada grupo étnico o grupo socioeconómico (como los campesinos) configura una forma de entender el mundo.

Hablar del conocimiento local implica hacer referencia a un hecho: que la ciencia es un discurso del universo con unas características únicas: exige la verificación pública de sus hipótesis, que las leyes que construya sean universales y que ponga en tela de juicio sus propios supuestos cuando nuevas evidencias los puedan refutar, pero no por ello deja de ser un producto cultural entre otros, pues forma parte de la cosmovisión de una cultura específica, o de determinados sectores de una cultura específica. Pero lo anterior no implica, al menos en nuestro caso, adscribirnos a una anarquía epistemológica que, en nombre de un relativismo cultural mal entendido, dé por válida cualquier

57 TOLEDO, V. M. *La apropiación campesina de la naturaleza* (inédito), cit. en: Acosta Naranjo, R. 2002, *op. cit.*, p. 450-451.

58 ALTIERI, M. A. 1991. «¿Por qué estudiar la agricultura tradicional?» *Agroecología y Desarrollo*. Año I. N.º 1, pp. 16-24, cit. en: ACOSTA NARANJO, R. *op. cit.*, 2002. p. 450.

59 TOLEDO, V. M.; BARRERA-BASSOLS, N. *La memoria biocultural: la importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Perspectivas agroecológicas. Icaria. Barcelona, 2008.

interpretación de la realidad, pues creemos que aunque la ciencia debe tener en cuenta otros saberes y cosmovisiones que han demostrado una pericia y sabiduría admirables, no por ello debemos renunciar a ella como referencia fundamental en búsqueda de respuestas, pues la ciencia ha alcanzado logros espectaculares en el conocimiento. Por ello, en un mundo con graves desequilibrios ecológicos, sociales y políticos hace falta más ciencia, no menos ciencia, parafraseando a Marvin Harris.

Si nos atenemos a los autores acreditados, hemos de hacer referencia a la existencia de dos modelos de conocimiento: la ciencia y la sabiduría. En la primera el acierto se basa en la justificación objetiva, mientras en la segunda se basa en la experiencia personal. El conocimiento local estaría asociado con la sabiduría, la cual es intuitiva, subjetiva y local; mientras que la ciencia es analítica, objetiva y universal. Aunque el conocimiento local no esté conectado con las exigencias de la ciencia, no por ello deja de tener una lógica que resulta eficaz, adaptativa y con frecuencia audaz para el desenvolvimiento de los grupos humanos en su entorno.

El conocimiento local en la dehesa tradicional sigue los parámetros de los saberes de las culturas campesinas de nuestro entorno. La valoración que se hace de los elementos de la naturaleza, desde la vegetación y fauna salvaje, hasta las plantas y los animales domésticos, además de la que se proyecta hacia suelos, elementos minerales, etc. se orientará en muchas ocasiones desde criterios utilitaristas, es decir, se establecerá a menudo una dicotomía entre lo útil, si es proveedor de recursos tangibles y directos (agua, alimento, nutrientes para el suelo, etc...) y lo superfluo, si no provee en ese sentido directo, pues el carácter epidérmico de este conocimiento, es decir, centrado en las manifestaciones externas de los fenómenos pero no en sus entramados, contribuye a que la valoración de los elementos de la naturaleza se haga en ese sentido. Por ejemplo, se valora un roble si ofrece recursos que sean útiles para alimentar al ganado, madera para combustible y cualquier recurso que genere ingresos, pero dejará de tener una consideración positiva si deja de ofrecer dichos recursos, pasando a ser una entidad banalizada o despreciada, en determinados casos. Del mismo modo, la consideración de lo «bello» estará en función, no de características físicas determinadas en los animales y las plantas sino, una vez más, del criterio de utilidad. Se aplica la máxima de que lo bello es lo bueno. Por ejemplo, como recoge Rufino Acosta, un cochino de engorde es bonito si está gordo, mientras que una cochina de cría bonita tendría que estar más ligera. Del mismo modo, el paisaje tendrá diferentes valoraciones estéticas dependiendo si se conecta con manejos adecuados de las fincas que se relacionen con llevar a buen puerto la producción. Por ejemplo, el matorral es considerado feo, al ser signo de abandono, por muchas manifestaciones *a priori* estéticas, que pueda tener en lo referente a la presencia de diferentes especies en flor. Sin embargo, para el caso concreto de los cabreros, el monte o matorral podía tener consideraciones positivas y ser «bonito», pues garantizaba alimento para las cabras y consecuentemente la generación de productos como la leche.

Se observa también en el conocimiento local de la dehesa tradicional una tendencia al antropocentrismo a la hora de describir el comportamiento o reacción de los animales y las plantas. Rufino Acosta, a la hora de hablar de las podas de las encinas y los alcornoques, refiere al símil que se hace entre cortar mal el ramaje de un árbol y cortarle el brazo o la pierna a una persona. Por otro lado, un árbol no tratado mediante podas, con el fin de que produzca convenientemente frutos y madera, sería como un niño al que no se ha educado; su comportamiento sería poco disciplinado, como nos comentó literalmente un hombre en Fregenal de La Sierra (Badajoz).

Interesantes resultan los conocimientos sobre la fauna y flora silvestres, pues a las mismas se les proyectan valoraciones similares que a los cultivos y al ganado. La valoración será positiva si se les considera útiles para los procesos productivos, porque se alimenten de insectos, roedores y otros animales perjudiciales; más o menos indiferente si no interfieren positiva o negativamente en ese sentido y negativa, por razones evidentes, si se les considera perjudiciales. El conocimiento de especies o taxones denominados desde el saber popular, es decir, de etnotaxones, se medirá en muchas ocasiones desde estos criterios. Por ejemplo, es común utilizar un mismo nombre para identificar todo un rosario de especies que distingue el conocimiento científico, pues no resulta relevante distinguirlas al no aportar ello nada a la dinámica productiva. Por el contrario, la tendencia a la identificación más exhaustiva, mediante nombres populares concretos asociados a plantas y animales, estará en bastantes casos relacionada con las necesidades de la producción, con excepción de aquellas especies silvestres que por sus particularidades sean distinguibles, aporten o no a la economía campesina.

En el mapa mental de determinados actores de la dehesa, sobre todo en aquellos que pasaban tiempo indefinido en las fincas, era común que hubiera conocimientos precisos en torno a la diferenciación de tipos de terreno, es decir, de las características del mismo, pues ello dotaba de información sobre las posibilidades de los lugares para la siembra o para mantener determinados tipos de arbolado y ganadería. En ese sentido, saber localizar las umbrías, dotadas de mayor humedad que las solanas, así como identificar determinados lugares, en contraposición con otros, por el tipo de suelo que albergan, y con ello los cultivos que se pueden desarrollar, era parte fundamental del conocimiento local.

Y en relación al clima, cuestión clave en unos sistemas productivos que dependen de la distribución anual de lluvias y temperaturas en un marco a menudo imprevisible, era común que a través del refranero o del santoral se almacenase una información que, en ausencia de teorías como las que se establecen en la ciencia convencional, resultaba de vital importancia para conocer los pormenores de unos fenómenos fundamentales para el ciclo productivo⁶⁰.

60 ACOSTA NARANJO, R. «Ecología, santoral y rituales festivos en Pallares y su entorno». *Revista de Estudios Extremeños*. ISSN 0210-2854, vol. 58, n.º 1, 2002, pp. 259-286.

4. La dehesa actual⁶¹

Las dinámicas de la dehesa contemporánea son muy diferentes de las que conocieron nuestros mayores. Para entender la actualidad de nuestro paisaje hay que hacer referencia a lo que en su día significaron las transformaciones de la agricultura y ganadería tradicionales y cómo las mismas se aplicaron en Extremadura.

En el año 1959 el régimen franquista aprobó el Plan de Estabilidad, el cual insertó la economía española en la dinámica del capitalismo foráneo. A grandes rasgos, el fin del aislamiento internacional del régimen y de la autarquía implicaron la entrada de capital en el campo, así como un nuevo impulso al desarrollo de los polos industriales del norte y noreste (País Vasco, Navarra y Cataluña). La mecanización agraria provocó el éxodo rural, la emigración, pues se prescindió de mucha mano de obra que antes era necesaria. Por otro lado, dejó de ser rentable la siembra de muchos productos, resultando más económico y fácil obtenerlos con la irrupción de los alimentos kilométricos, lo cual hizo que desaparecieran muchas pequeñas y medianas propiedades. La industrialización en los polos de las grandes ciudades acrecentó el fenómeno del urbanismo, pues estas sinergias generaron un efecto llamada que provocó el gran éxodo rural de los años sesenta del siglo XX al que nos referimos, afectando a regiones como Extremadura, Andalucía y Murcia, desde donde partió una mano de obra que antes ocupaba trabajos en la agricultura y la ganadería: campesinos pobres, jornaleros y pequeños propietarios.

A partir de este momento, el sistema agrícola, forestal y ganadero de la dehesa tradicional se transforma hasta llegar a la situación actual. En relación a lo forestal se observa una considerable pérdida de importancia del mismo porque ya no se precisa la madera como fuente de energía.

En relación a la actividad agrícola, en unos casos se afianza el fenómeno de la desaparición de esta actividad en la dehesa contemporánea, resultado en parte del desacople territorial que se produce como consecuencia de la irrupción de los alimentos y piensos de fuera, lo que conduce a que mucho terreno deje de cultivarse, igual que ocurrió con las huertas y los regadíos tradicionales ubicados en el extrarradio de los pueblos. Pero en otros casos se observa el fenómeno de la introducción en el antiguo espacio agrario de la dehesa de formas de explotación intensificadas, como explica Linares Luján, gracias al aumento de la fertilización química en los cultivos de cereal, lo que también permite que las áreas antaño dejadas en barbecho se

61 Las cuestiones referidas a este capítulo, analizadas con el apretado resumen que exige este ensayo, las tomamos de una obra referencial para el estudio de la dehesa actual desde la antropología: ACOSTA NARANJO, R. *Dehesas de la sobremodernidad. La cadencia y el vértigo*. Col. Raíces. Diputación Provincial de Badajoz, 2009.

pueblen de cultivos como veza, girasol, haba y garbanzo⁶². En cualquier caso, se trata de transformaciones con escasa capacidad para reemplazar a los campesinos anteriormente integrados en el sistema productivo.

Por otro lado, la ganadería, variada en el contexto tradicional, se tornó cada vez más a la producción porcina desde criterios intensivos, siendo también relevante el hecho de que se generaliza en bastantes fincas la introducción de razas de vacuno de otras latitudes, a las cuales sólo se puede mantener con aportes alimenticios en forma de piensos industriales. Como analiza Linares Luján, aun con todos estos fenómenos que afectan a los diferentes tipos de ganado, la oveja tiene una ligera ventaja en la explotación ganadera de la dehesa contemporánea, si bien se constata que tanto aquella como el porcino se ven desplazados por el vacuno (retinto, toro de lidia) e incluso por ciervos, convirtiéndose estos en ungulados en régimen semisilvestre demandados como piezas de caza.

En definitiva, la dehesa actual se mueve desde dos vertientes: desde el abandono, al desaparecer muchos de sus usos, y desde el arraigo de modelos de producción intensivos, concretamente en la ganadería, pues en este caso, o bien los espacios se orientan hacia una monoproducción porcina peligrosa para el equilibrio del agroecosistema, o bien hacia el predominio de un tipo de ganado muy demandante de recursos de fuera de las fincas (piensos), como es el vacuno. En ese sentido, los incentivos de la Política Agraria Común (PAC), excepto con el cerdo, que no está subvencionado, estimulan una carga ganadera peligrosa para la dehesa desde parámetros de sostenibilidad, pues ambas realidades, la del abandono, por un lado, y la de la intensificación, por otro, son lesivas, por razones diferentes, para un tipo de agroecosistema que necesita ver garantizada la reposición de un arbolado sin el cual todo el edificio se vendría abajo. En definitiva, la dehesa pelagra tanto si se la abandona como si se la intensifica.

Lo anterior se relaciona con un problema que asola hoy a la dehesa: sus grandes dificultades para generar rentas, más allá de las que proporcionan a los propietarios, teniendo en cuenta que determinados sectores que generan beneficios en el mercado lo hacen a costa de no invertir en la reposición, como explica el profesor Pablo Campos Palacín⁶³.

62 LINARES LUJÁN, M. A., *op. cit.*, 2012, p. 28.

63 Pablo Campos Palacín, experto en las actuales sinergias económicas de la dehesa, refiere a las grandes dificultades actuales de la dehesa para la generación de rentas, más allá del aporte que hacen a los propietarios: «... la renta de pastos herbáceos y ramones tiende a desaparecer, y la renta de la bellota aprovechada por los cerdos durante la montanera requiere un coste de infraestructuras y rozas de matorral que limita su expansión en las más de tres millones y medio de hectáreas de dehesas españolas. La renta del corcho extraído representa un consumo de capital natural por la omisión de los costes de reemplazamiento de los alcornoques que mueren envejecidos, ya que de considerarse los costes de la regeneración del arbolado desaparecerían la renta sustentable del corcho a los precios de mercado actuales. La explotación del ganado y la cría de especies cinegéticas no ofrecen unas rentabilidades comerciales competitivas».

En la década de los años setenta del siglo XX llegan sendas crisis del petróleo, en 1973 y 1979, relacionadas con la subida de los precios del crudo desde los países productores. En esta situación se produce una crisis en muchos sectores, entre otros en el de la industria, lo que provocó el regreso de los emigrantes que se habían marchado desde el campo a las fábricas del norte de España y de otros países como Alemania. Esto enquistó un problema de extrema gravedad en regiones como Extremadura y Andalucía: el del paro agrario, pues la reconversión del campo que en su momento se produjo hace que toda esta mano de obra no pueda emplearse, o sólo pueda hacerlo de forma muy temporal y discontinua. Se afianzan así los programas de subsidio, orientados a paliar las consecuencias de la falta de empleo para los jornaleros y campesinos sin tierra; primero el Empleo Comunitario, con las instituciones franquistas aún vigentes, a mediados de los años setenta; y después el PER (Plan de Empleo Rural) y el AEPESA (Acuerdo para el Empleo y Protección Social Agrarios), que surgen ya en la etapa democrática.

El ingreso de España en la CEE (Comunidad Económica Europea) en 1986 y la aplicación de la PAC (Política Agraria Comunitaria) afianzaron la dependencia de los espacios agrarios y ganaderos donde se inserta la dehesa respecto a los patrones de producción mercantil, cuyas decisiones no tienen en cuenta las particularidades de nuestros agroecosistemas mediterráneos, forjadas durante siglos de adaptación a un entorno con unas características definidas. Del mismo modo, aunque en teoría, la PAC incluye una serie de objetivos tendentes a favorecer los espacios agrarios y ganaderos sostenibles, sus ayudas y subvenciones tienden a llevar a cabo decisiones perjudiciales para la conservación de la dehesa. Por poner un ejemplo, una de las líneas de ayuda de la PAC de los últimos años incluía en sus condiciones que para recibir fondos para el aprovechamiento de pastos en estos no puede haber arbolado, pues al desconocer la naturaleza complementaria de la dehesa, donde coexisten diferentes usos, se considera, en franco error, que no es posible el aprovechamiento pascícola si en el predio correspondiente hay masas forestales. Es decir, de facto, se penaliza la presencia de árboles con medidas de este tipo.

<https://www.hoy.es/agro/sobre-rentabilidad-dehesa-20181122000601-nt.html> [fecha de consulta: 15/08/2018].

Del mismo modo, una referencia básica para entender la economía de la dehesa, tanto la tradicional como la contemporánea, es la siguiente: CAMPOS, P. *Economía y energía en la dehesa extremeña*. Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios. Madrid, 1984.

En relación con la escasa capacidad actual de la dehesa para generar rentas y empleo, Fernando Pulido muestra que: «El 75% de las dehesas están en manos privadas y el 60% cuenta con un solo empleado a tiempo completo». https://www.elconfidencial.com/espana/2017-02-15/dehesa-ecosistema-desaparicion_1329814/ [fecha de consulta: 15/08/2018].

4.1. La dehesa contemporánea: entre el abandono y la intensificación

Las consecuencias de la desaparición de muchos de los aprovechamientos tradicionales en la dehesa se traducen, en primer lugar, en una tendencia a la matorralización, lo cual introduce un elemento de pérdida de resiliencia en la que la amenaza de los incendios se hace más peligrosa. Del mismo modo, se acrecenta la falta de regeneración del arbolado, pues al envejecimiento de los existentes no sigue la reposición con otros nuevos. Todo ello significa una mayor proliferación de determinadas enfermedades y, a un nivel más general, nos muestra la gran debilidad de la dehesa como agroecosistema, esto es, como realidad cultural: que la misma no sobrevive en ausencia de intervención humana, siendo esta última también destructiva si se lleva a cabo desde criterios de intensificación, como ocurre con determinados modelos ganaderos actuales⁶⁴.

En todo este proceso de abandono y no regeneración tienen mucho que ver la desaparición de los aprovechamientos forestales y agrícolas, y también el hecho de que el arbolado y otros recursos de la dehesa, en contextos donde el alimento del ganado depende de los piensos de fuera, ya no es necesario, si tenemos en cuenta que en no pocas ocasiones la tendencia de la producción porcina actual en la dehesa es convertir a esta en un cebadero, donde la sobrecarga es una amenaza constatada.

La progresiva expansión de la enfermedad de «la seca», la cual afecta sobre todo a las encinas, está directamente relacionada con estos fenómenos de abandono y envejecimiento de los árboles. La patología es causada por un organismo denominado *Phytophthora cinnamomi*, el cual ataca todas las partes del árbol hasta provocarle la muerte. Para combatir esta enfermedad, de expansión mundial, no se cuenta con ningún remedio, lo que significa que las únicas formas de combatirla sean las medidas preventivas, más el desarrollo de políticas de regeneración, la búsqueda de árboles resistentes y la reposición del suelo como ente vivo en el que se garantice, entre otras cosas, las micorrizas con hongos. Los expertos nos cuentan que las variedades de encinas con bellota dulce son más susceptibles de ser atacadas, pues los taninos de las variedades amargas, que aparecen en todo el árbol, no sólo en el fruto, podrían actuar como elemento disuasorio⁶⁵.

La falta de actividad agrícola y la saturación del suelo por exceso de presión ganadera tienden a generar problemas de compacidad, lo que afecta negativamente

64 https://www.eldiario.es/andalucia/enclave_rural/agricultura_y_pesca/dehesa-peligro-extincion_0_711479718.html [fecha de consulta: 15/08/2019].

65 <https://fregenal.hoy.es/noticias/201803/25/regeneracion-plantas-resistentes-como-20180325111804.html> [fecha de consulta: 21/08/2019].

El anterior enlace conduce al resumen de la ponencia que el doctor Fernando Pulido, profesor de la Escuela de Estudios Agroforestales de Plasencia, impartió en el Ateneo Popular Frexnense (Fregenal de La Sierra), foro en el que analizó con rigor y sin las habituales confusiones, la problemática de la enfermedad de la «seca» que afecta a nuestros montes y dehesas.




La enfermedad conocida con el nombre de «la seca» es una grave patología vegetal que afecta a las encinas y otras especies arbóreas y arbustivas.





En la actualidad, la dehesa se enfrenta tanto al abandono como a la implantación de modelos de producción intensivos, sobre todo ganaderos. Ambas realidades amenazan su continuidad.

a sus ciclos. Como ya hemos hecho referencia, muchas dehesas han reorientado su producción a la cría intensiva de ganado porcino, introduciéndose en la región razas como la Duroc Jersey, cruzadas o no con estirpes del ibérico que, al ser más prolíficas reproductivamente, se adaptan mejor a la salida comercial desde los actuales patrones de mercado. También es cierto que el cerdo, además de no recibir ayudas, se ha tenido que enfrentar durante mucho tiempo con el problema de la peste porcina africana. Aun así, es el animal que se ha adaptado mejor a la nueva economía de la dehesa, independientemente de que esta camine por derroteros inadecuados desde la óptica de la sostenibilidad tanto ambiental como social, con la salvedad de los puestos de trabajo que se generan en la región en los mataderos industriales. Prescindiendo de la orientación del ibérico a la producción de jamones y otros productos curados de gran calidad y prohibitivos desde el punto de vista del consumo social, mucha de la producción porcina en la dehesa actual se basa en ofrecer grandes suplementos alimentarios mediante piensos a los animales, independientemente de que consuman bellotas durante la montanera, con destino a la producción cárnica en los citados mataderos industriales de la región y de otros territorios, todo dentro de la actual escalada de producción ganadera desde la demanda de una industria cárnica que trabaja a ritmo de destajo, lo cual hace que las dehesas sean espacios para cebar animales desde una óptica de dependencia del mercado foráneo, pues el aumento



del consumo de carne en la población, sea urbana o rural, exige una intensificación productiva y un consumo energético con evidentes lecturas en la huella ecológica. Del mismo modo, estas dinámicas productivas tienen consecuencias graves para la propia supervivencia de la dehesa, pues la intensificación pone en serio riesgo la continuidad de estos paisajes.

La dehesa ofrece hoy otra serie de servicios. En lo referente a la caza, se trata de una actividad practicada por diferentes actores, desde los que pueden permitirse asistir a ciertas monterías con un determinado coste hasta la caza menor, extendida en diferentes sectores socioeconómicos. Del mismo modo, la recogida de productos como espárragos, antaño conectada con las estrategias de los menos pudientes, y hoy día también extendida como actividad lúdica, no obstante, sigue teniendo en nuestros pueblos un papel dentro del complemento de las exiguas rentas entre familias con apretadas economías, algo a tener en cuenta durante los años en los que la crisis económica, iniciada en 2008, se ha cebado con mucha gente de manera inmisericorde.

La recolección de setas tiene en la actualidad gran interés, si tenemos en cuenta que, desde los años noventa del pasado siglo, han surgido en Extremadura multitud de sociedades micológicas, muchas de corte local. La primera asociación que comenzó a potenciar el conocimiento y valoración gastronómica y ambiental de los hongos en la región fue la Sociedad Micológica Extremeña, fundada en 1981. Estos colectivos impulsan, a través de salidas y conferencias, la afición a las setas, sobre todo desde el prisma gastronómico, pero a la vez posibilitando a mucha gente patear nuestros montes y dehesas, proporcionándoles motivos para identificarse con un entorno del que estaban a menudo alejados, pues se trata en muchas ocasiones de personas socializadas en un contexto donde laboralmente nunca tuvieron contacto con el campo. En ese sentido, podemos decir que la afición a la micología está más relacionada con una nueva modalidad de contacto con la dehesa que con el despliegue de estrategias económicas, aunque en algunas ocasiones la recogida de las mismas se conecte con la búsqueda de ingresos, en un contexto donde existe un vacío legal de cara a la recolección, pues a fecha de redacción de estas líneas no se ha aprobado ningún decreto o ley en Extremadura que regule la recolección, como los que existen en otras regiones como Castilla y León o el País Vasco.

En la actualidad, la dehesa, aun generando rentas a los propietarios, no tiene capacidad para absorber mano de obra en los pueblos, debido a la desaparición de muchos aprovechamientos y al escaso requerimiento de personal para los que se llevan a cabo. Es por ello que la dehesa tiene que reinventarse, integrando lo tradicional en los nuevos desafíos, buscando la posibilidad de que genere servicios ambientales nuevos⁶⁶ y partiendo del hecho de que hay muchos actores en ella y cada

66 Gran parte del territorio de Extremadura se caracteriza por unos indicadores ambientales de gran calidad, en lo que se refiere a la ausencia de contaminación del aire, presencia de arbolado y conservación de la

uno tiene su propio imaginario: no es lo mismo la dehesa para los propietarios, para los cazadores, para los que quieren regresar al campo hastiados de la ciudad, para los que buscan disfrutar de un entorno de calidad y para los que desean buscarse un medio de vida en nuestros pueblos careciendo de recursos estratégicos⁶⁷.

En lo referente al conocimiento local en la dehesa actual, la pérdida de contacto directo con el campo y la desaparición de muchas actividades tradicionales ha provocado una considerable pérdida de aquel, excepto en aquellos empleados que precisen permanecer de forma continuada en las fincas.

Resulta interesante analizar cómo se ha transformado la dimensión simbólica de algunas zonas adeshadas de la región donde antaño, hasta los años sesenta del siglo XX, se daban determinados aprovechamientos. Nos referimos, concretamente, a los robledales del norte de la provincia de Cáceres, a los cuales hicimos referencia en la introducción. Hoy día, estos predios se hallan abandonados o bien dedicados a una explotación ganadera de vacuno que utiliza muchos insumos⁶⁸ de

biodiversidad silvestre. Pero ello coexiste con unos elevados índices de despoblación, falta de oportunidades para el empleo y un éxodo que en la actualidad sigue haciendo mella en la región, mucho más en los jóvenes. Desde algunas reflexiones se responsabiliza a las políticas de protección ambiental de esta realidad, pues los espacios protegidos, de los que las ZEPAs (Zonas de Especial Protección de Aves) serían una referencia, interferirían, se dice, en la actividad de estas zonas, limitando sus usos. A todo ello se sumaría la presión del movimiento ecologista y de algunas plataformas ciudadanas de la escasa sociedad civil extremeña, a los que se responsabiliza, en ocasiones con argumentos tan poco sólidos como los que a veces puedan defenderse desde determinadas formas de entender el conservacionismo, de que no arraiguen proyectos industriales y de otro tipo en la región que generarían empleo. En esta dialéctica se observa un desencuentro protagonizado por la administración regional, expertos en materia de ordenación del territorio, la iniciativa privada y el movimiento conservacionista.

Por otro lado, en este contexto, indudablemente de extrema gravedad por sus consecuencias socioeconómicas, se habla de la posibilidad de que la región debería ser compensada, al garantizar un entorno con tales indicadores ambientales y prestar así un servicio al conjunto de la sociedad. La máxima sería, siguiendo a Julián Mora Aliseda: si quien contamina paga, quien conserva, que cobre.

https://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/opinion/cobrar-servicios-ecosistemicos_1208474.html?fbclid=IwAR2O4OLWEA4gAQn63F5eRHHbsEkgLGXkIC4cBCwProP-axqd92stplzL5U [fecha de consulta: 8/01/2020].

67 Entre las iniciativas de debate para proponer medidas de salvaguarda de la dehesa, destaca la celebración, en la ciudad de Badajoz, del Congreso Ibérico de la Dehesa y el Montado, cuya primera edición se celebró en el año 2013 y la última, hasta la fecha, en 2018. En el primer encuentro se debatió acerca de la necesidad de adoptar medidas para el mantenimiento de la rentabilidad y la conservación de la dehesa. Con posterioridad, en 2015, se dieron a conocer los avances en innovación desde distintos ámbitos, a nivel productivo y de comercialización, y en la última edición se trató el problema de conservación y de valorización de sus componentes ambientales y culturales. En este foro, concebido como proyecto de cooperación transfronteriza entre las regiones de España y Portugal que cuentan con dehesas, participan gestores de la administración de ambos países, propietarios y asociaciones conservacionistas. <https://www.20minutos.es/noticia/3393984/0/tercera-edicion-congresoiberico-dehesa-montado-se-celebrara-proximo-mes-noviembre-badajoz/> [fecha de consulta: 21/08/2019].

68 El concepto de insumo, aplicado a la economía, y en nuestro caso a la agricultura, a la ganadería y a cualquier actividad tendente a obtener recursos del entorno, refiere a todo aquello que tengamos disponible que nos sirva para producir. En los sistemas agrarios tradicionales los insumos se obtienen del propio ciclo o rotación de las dinámicas naturales. En ese sentido, la fertilización de los suelos para la agricultura proviene del estiércol animal, el cual han «fabricado» los herbívoros a través de la propia vegetación que consumen, o directamente de los restos de poda o restos herbáceos de los cultivos; en

fuera en forma de piensos. La banalización de estos espacios es en muchos casos considerable, más si tenemos en cuenta que la comarca del Campo Arañuelo, por ejemplo, reorientó su sector agrario a producciones como el tabaco, sobre todo a partir de finales de los años cincuenta del siglo XX, cultivo hoy en crisis; también a una economía basada en el sector servicios y a la absorción de empleo por parte de la Central Nuclear de Almaraz; un empleo también coyuntural, habida cuenta del carácter limitado en el tiempo del funcionamiento de una planta de estas características, a pesar de los continuos empeños por prolongar su vida útil. Del mismo modo, cuestión extrapolable a Extremadura en su conjunto, la instalación de parques de placas solares sólo contribuye con los impuestos que por su instalación reciben los ayuntamientos, pero se trata de proyectos que apenas crean empleo, siendo un ejemplo más de la constante histórica del colonialismo extractivista al que la región se ha visto y se ve sometida. Todo ello ha generado un gran desacople territorial que hace que muchos de los agroecosistemas tradicionales cumplan escasa o nula función a la hora de abastecer de alimentos a los núcleos urbanos. La importancia de las dehesas de rebollo se constata también en la relevancia que tuvieron algunas dehesas boyales o públicas en la cercana comarca de La Vera, valga como ejemplo la dehesa boyal de Losar de La Vera. En definitiva, las dehesas de roble extremeñas son un ejemplo de la fosilización de muchos de nuestros paisajes culturales, los cuales, en pocas décadas, han pasado de ser cruciales para los habitantes, a encontrarse, en muchos casos, en un proceso de casi absoluto abandono, lo cual amenaza con su desaparición. Sólo por los servicios de regulación y de conservación de la biodiversidad silvestre que garantizan estaría más que justificado iniciar proyectos para su rejuvenecimiento, pues sin la intervención humana la dehesa literalmente se muere. Han pasado de ser espacios fundamentales para las economías campesinas a ser un estorbo, teniendo en cuenta que con la nueva orientación de la economía rural ya no proporcionan recursos tangibles a corto plazo. La madera de roble ya no es demandada como materia prima para la construcción de traviesas de ferrocarril, han desaparecido las cabras que aprovechaban sus hojas y cortezas, casi nadie cría cerdos para engorde, con lo cual, las bellotas ya no son un recurso, y las fuentes de calor en invierno casi ya no proceden del combustible forestal. Por todo ello, el robledal

muchos casos será una conjunción o mezcla de ambos. Por ejemplo, en la comarca de La Vera (Cáceres) era común, en el contexto tradicional, mezclar el estiércol del ganado con hojarasca o *fusca* del robledal para fertilizar todo tipo de espacios, como así nos contaban los lugareños a primeros de la década del 2000. En este caso, es el propio agroecosistema, con sus dinámicas basadas en la producción de energía –primero a través de las plantas desde el sol, y luego a través de los animales– el que genera los recursos (insumos) para garantizar la producción, dentro de un ciclo cerrado, como sucedía en la dehesa tradicional, la anterior a los años sesenta del siglo XX. Con la irrupción de la agricultura tecnificada, la de la Revolución Verde, los insumos de la agricultura y la ganadería se basan en fertilizantes químicos, es decir, en elementos que ya no provienen de las dinámicas internas del propio agroecosistema, sino de fuera, lo cual monta las bases para el progresivo agotamiento y la contaminación, aunque esto último no se quiera ver o se quiera ocultar por los aumentos de la productividad.

abandonado se convierte en un medio «salvaje», invasor de los cultivos arbóreos que sí tienen importancia económica y el roble es visto como algo parecido a una rata vegetal que pone en peligro a cerezos, higueras y otros árboles frutales. Llama la atención que algunos lugareños de la comarca de La Vera (Cáceres), a principios de la década del 2000, cuando nombraban la palabra «bosque» lo hacían desde un cariz netamente peyorativo, pues simboliza para ellos el abandono, mientras que la palabra «robledal» la relacionaban con lo domesticado, con la civilización, pues les recordaba la época en la que el monte podía controlarse mediante actividades hoy desaparecidas: ganadería caprina, aprovechamiento del ramón y hojarasca, etc. Analizando estos discursos, recordábamos la reflexión del profesor Jean Dorst en 1965, cuando explicaba que en la Europa medieval al bosque se le identificaba con la barbarie, con algo que había que hacer retroceder como fuera en favor de paisajes más humanizados⁶⁹, todo ello dentro de una concepción de la naturaleza que, si bien no estaba relacionada con la arrogancia de nuestro mundo contemporáneo, el cual cree haberse librado de sus leyes, tampoco se acercaba a la cosmovisión de determinadas culturas indígenas en las que lo humano y lo natural casi aparecen entremezclados como un todo.

Por otro lado, la irrupción del ecologismo, un movimiento urbano que llega al campo, hace que determinados sectores de la población vean la dehesa desde el punto de vista generador de servicios ambientales de regulación y de conservación de la biodiversidad⁷⁰, valorando la misma no sólo por lo que genere de tangible en forma de recursos sino como elemento de mero disfrute del entorno. Esto choca, a menudo, con determinadas visiones que consideran al conservacionismo como algo trivial al ser visto, a menudo desde posiciones simplistas, como algo que limita las posibilidades de explotación del entorno y defendido por personas a las que se considera ignorantes por proceder casi siempre de ámbitos laborales ajenos al mundo rural.

69 DORST, J. *Antes que la naturaleza muera. Para una ecología política*. Omega. Barcelona, 1963, pp. 56.

70 El movimiento ecologista en Extremadura, que comienza con el surgimiento en 1978 de ADENEX (Asociación para la Defensa de la Naturaleza y los Recursos de Extremadura), invirtió sus esfuerzos desde sus inicios en la defensa de la dehesa. En 1981, dicho colectivo lanzó una campaña bajo el título «Encinas: Garantía de futuro, no las arranques», presentada en Badajoz por el profesor González Bernáldez, la cual tuvo un gran impacto en la región, pues fue responsable de la disminución del indiscriminado arranque de encinas que en aquellos años se producía. A partir de ahí, esta asociación, que trabajó desde su fundación en pro de la defensa de los valores ambientales y culturales de Extremadura, llevó a cabo campañas para denunciar las amenazas que se cernían y se ciernen sobre las masas forestales autóctonas. En ese sentido, vienen organizando debates, desde mediados de los años 80 del pasado siglo, acerca del alcance de la Ley de la Dehesa de 1986; organizaron el Congreso Mundial del Bosque y Matorral Mediterráneo en Cáceres en 1988, donde participaron expertos llegados de casi todos los lugares donde existen formaciones vegetales mediterráneas (además de la Península Ibérica: Chile, California y Sudáfrica); organizaron el Seminario de la Dehesa en Fregenal de La Sierra en el año 2006; la Jornada sobre la Dehesa en el Suroeste Ibérico en Badajoz en 2010 y, recientemente, la campaña *Extremadura sin Dehesas*, continuada con *Dehesa: hábitat natural y humano y Regeneración y fomento de la biodiversidad en la dehesa a través de la custodia del territorio*.



Santuarios, ermitas y cruces de término se ubican a menudo en las dehesas de nuestros términos municipales, convirtiéndose en polos devocionales de la religiosidad popular. Cruz de término en Carrascalejo (Cáceres).

4.2. El patrimonio cultural de la dehesa

El concepto patrimonio ha pasado de representar manifestaciones monumentales, meramente historicistas, de corte estético, centradas sólo en la cultura material y definidas desde determinados criterios elitistas, a poder englobar cualquier referente que sea representativo de un colectivo humano, desde unas sencillas pero precisas acequias de regadío tradicional o un molino, hasta unos aperos de labranza o un conjunto de saberes sistematizados en los refranes por el saber popular. Es decir, por patrimonio cultural se entiende en la actualidad todo aquello que sea susceptible de representarnos como colectivo.

La dehesa cuenta con múltiples manifestaciones (arquitectura tradicional, saberes del conocimiento local, dentro de los cuales se hallan los etnobotánicos y los etnozoológicos, etc.)⁷¹ que desde los criterios obsoletos y restrictivos que imperaban antes de la revisión del concepto, no eran tenidos en cuenta, en tanto eran considerados como

71 El Plan Nacional de Arquitectura Tradicional, presentado por el Ministerio de Cultura y Deportes en 2014, ha aunado los trabajos, reflexiones y esfuerzos de las Comunidades Autónomas con objeto de llevar a cabo estrategias comunes para el conocimiento y salvaguarda de este rico patrimonio. <http://www.culturaydeporte.gob.es/planes-nacionales/planes-nacionales/arquitectura-tradicional.html> [16/10/2019].



Puente en dehesa de Mirabel (Cáceres).

algo secundario, menos importantes que una catedral, un castillo o un cuadro de Goya, por poner algunos ejemplos, pero que hoy adquieren la valoración correspondiente, tanto desde los técnicos y estudiosos que desde las ciencias sociales analizan estos fenómenos, como desde la administración y desde las propias comunidades y colectivos que dan vida a estas manifestaciones.

En lo referente a la arquitectura tradicional, el chozo es una de las manifestaciones por antonomasia de la dehesa. Se trata de un tipo de habitáculo que servía para pernoctar, siendo utilizado por pastores, cabreros y demás personas que, adscritas a las fincas, realizaban toda suerte de labores. Representan un paradigma de referencia en lo que se refiere a la adaptación al entorno, utilizándose para su construcción materiales locales y aplicando las técnicas constructivas habituales en estos casos: la piedra seca y la sencilla mampostería con mortero de tierra. Dependiendo de las diferentes tipologías que pueden hallarse⁷² la parte sustentada puede estar construida a base de piedra, conformando una falsa cúpula mediante la aproximación concéntrica de hiladas, o bien configurar una techumbre con elementos vegetales mediante jaras, retamas y otras plantas del monte. En el caso de que estén levantados íntegra-

72 Las siguientes referencias resultan fundamentales para el conocimiento del chozo como elemento referencial de la arquitectura tradicional dispersa de Extremadura:
JUVANEK, B. 2008. *Chozo de Extremadura, Joya en Piedra*, ARTE, 2008.
MARTÍN GALINDO, J. L.; OROVENGUA, J. M. «Criterios para el inventario de los chozos extremeños». *Piedras con Raíces*, nº 14, ARTE, verano 2006.
MARTÍN GALINDO, J. L. 1995. *Os choços manhegus. Estudio y censo de los chozos de San Martín de Trevejo*, Editora Regional de Extremadura, 1995.



Sequero de bellotas en dehesa de Torrejón El Rubio (Cáceres).



Bujarda en Palomas (Badajoz).



Bujarda en dehesa del término de Bodonal de La Sierra (Badajoz).





Cocedero de altramuces,
Monasterio (Badajoz).

mente en piedra puede reforzarse la parte superior mediante tierra compactada. Su planta es circular y la puerta de entrada puede ser una simple abertura o configurar sencillos jambajes y dinteles de piedra. En sus interiores es común hallar oquedades en los muros a modo de pequeñas alacenas para colocar los pocos enseres de sus moradores. Hay cientos de estas construcciones repartidas por la región y aunque no sean exclusivas de la dehesa, sin duda forman parte de su paisaje. La mayoría se hallan en grave estado de deterioro, pues fueron abandonadas en esta época de profundas transformaciones socioeconómicas en el campo extremeño, que coincide más o menos con la década de los años sesenta del siglo XX.

Apriscos, majadas para ovejas, casetas de guardas y cortijos, así como las extensas paredes en piedra seca que delimitaban las propiedades, forman también parte del heterogéneo elenco de la arquitectura tradicional de la dehesa, reflejando los procesos de trabajo en el contexto tradicional y la disparidad social entre los grandes propietarios y los trabajadores de las fincas. Del mismo modo, sobre todo en algunas dehesas boyales, la personalidad del paisaje adehesado la proporcionan las decenas de zahúrdas para la cría de cerdos, cuya estructura arquitectónica se asemeja mucho a los chozos que someramente hemos descrito, siendo ejemplos de cómo la realidad antrópica del paisaje se manifiesta en gran medida a través de una arquitectura que, careciendo de recursos para una modificación traumática del entorno, hace gala de una adaptabilidad sorprendente⁷³.

La mayoría de estas manifestaciones se hallan en franco estado de ruina, habida cuenta de su pérdida de funcionalidad a partir del momento en el que muchas de las actividades de la dehesa desaparecen. La valorización como patrimonio de estos inmuebles tiene dos vertientes: la primera proviene de la administración, la cual, teniendo en cuenta la evolución del concepto de patrimonio, impulsa en las últimas dos décadas, aunque queda mucho camino por recorrer, el estudio y protección de estos elementos iniciando inventarios, impulsando protecciones legales de conjuntos, participando en planes de estudio y protección a nivel nacional e internacional y llevando a cabo la difusión del conocimiento de la misma mediante publicaciones como la presente. Por otro lado, son los propios pueblos los que, rescatando su pasado reciente, a pesar de la dureza de los trabajos e injusticias con los que estos elementos se relacionan, los asimilan como algo propio, de su memoria colectiva, valorando positivamente que se los tenga en esta consideración.

73 Sánchez Expósito, I., *op. cit.*, 2016.



Higuera de Vargas (Badajoz)

Bibliografía y referencias

- ACOSTA NARANJO, R. (coord.); AMAYA CORCHUELO, S.; DÍAZ AGUILAR, A. L. *Memoria de la tierra, Campos de la memoria. Los agroecosistemas tradicionales de Tentudía: Dehesa y tierras calmas*, Monesterio, vol 1, CEDECO, 2001.
- IDEM. *Los entramados de la diversidad. Antropología Social de la Dehesa*, Col. Raíces, Diputación Provincial de Badajoz, 2002.
- IDEM. «Ecología, santoral y rituales festivos en Pallares y su entorno». *Revista de Estudios Extremeños*. ISSN 0210-2854, vol. 58, n.º 1, 2002, pp. 259-286.
- IDEM. *Dehesas de la sobremodernidad. La cadencia y el vértigo*. Col. Raíces. Diputación Provincial de Badajoz, 2009.
- ALTIERI, M. A. «¿Por qué estudiar la agricultura tradicional?» *Agroecología y Desarrollo*, Año I, Nº1, 1991, pp. 16-24.
- AMAYA CORCHUELO, S. (1ª edición) *Lo que es de muchos no es de nadie. Estudio antropológico sobre una propiedad colectiva de Extremadura*, Diputación Provincial de Badajoz, 1999.
- IDEM. «Formación, uso y gestión de una propiedad colectiva extremeña». *Saber Popular, Revista Extremeña de Folklore*, Fregenal de La Sierra, n.º 11, enero-junio 1998, pp. 65-89.
- IDEM. *Los chochos. De recurso de la dehesa a patrimonio cultural*. Lecturas de Antropología, Oficina de Patrimonio Etnológico, Dirección General de Patrimonio Cultural, 2011.
- ARTOLA, M.; BERNAL, A. M.; CONTRERAS, J. *Latifundio, propiedad y explotación. S. XVIII-XX*, Ministerio de Agricultura, Madrid, 1978.
- BERNAL, A. 1998. *Poblamiento, transformación y organización social en el espacio extremeño (siglos XIII al XV)*, Editoria Regional Extremeña, Mérida, 1998.
- CAMPOS, P. *Economía y energía en la dehesa extremeña*. Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios, Madrid, 1984.
- IDEM. 1997. «Análisis de la rentabilidad económica de la dehesa», *Situación* (Serie Estudios Regionales: Extremadura), 1997, pp. 111-140.
- CALDERÓN TORRES, C. *La miel en Extremadura: Fuenlabraba de Los Montes*, Lecturas de Antropología, Dirección General de Bibliotecas, Museos y Patrimonio Cultural, 2017.
- CATANI, M. (coord.); AMAYA CORCHUELO, S.; DÍAZ AGUILAR, A. L. 2001. *Comer en Tentudía. Aproximación etnográfica a la alimentación y los hábitos de vida de la gentes de Tentudía en los últimos setenta años*. CEDECO, N.º 1, Monesterio, 2001.
- CERVANTES SAAVEDRA, M. 1605, 1616. *Don Quijote de La Mancha*. Edición de José M.ª Pagador. Tecnigraf Editores. Indugrafic Editores, Badajoz, septiembre 2005.*
- DORST, J. *Antes que la naturaleza muera. Para una ecología política*. Omega. Barcelona, 1963.
- DUBY, G. *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. <https://es.scribd.com/doc/316066408/Guerreros-y-Campesinos-Georges-Duby>

* La excelente edición del Quijote que citamos corresponde a la trabajada por José M.ª Pagador, publicada por la Junta de Extremadura en el año 2005, con motivo del IV Centenario del primer volumen de la inmortal obra de nuestra letras. Incluye íntegramente las dos partes, la de 1605 y la de 1616.

- ESPINA HIDALGO, S.; MOSQUERA MÜLLER, J. L. *Pueblos de colonización de Extremadura. Colección Historia Agraria y Rural. Junta de Extremadura. Consejería de Agricultura y Desarrollo Rural*, 2010.
- FERNÁNDEZ-PALACIOS, C.; LARA GONZÁLEZ, M. D.; HERRERA, C. M. *El monte mediterráneo en Andalucía. Junta de Andalucía, Consejería de Medio Ambiente, Fundación Gypaetus*, 2005.
- FLORES DEL MANZANO, F. «Análisis etnohistórico de la matanza del cerdo en Extremadura», *Saber Popular*, n.º 8, Federación Regional de Folklore, Consejo Regional de Investigación y Difusión, pp. 17-28 1993.
- GARZÓN HEYDT, J. 1992. «La trashumancia como reliquia del Paleolítico Simposio-Actas: Trashumancia y Cultura Pastoril en Extremadura», Asamblea de Extremadura, 1992, pp. 27-36.
- GODELIER, M. *L'ideel et le materiel*. Pensée, economies, societes. Fayard. Paris, 1980.
- GONZALEZ DE MOLINA, M.; SEVILLA, E. 1993. «Ecología, Campesinado e Historia. Para una reinterpretación del desarrollo del capitalismo en la agricultura». *Ecología, campesinado e historia*. La Piqueta, Madrid, 1993, pp. 23-129.
- HARRIS, M. *El materialismo cultural*. Alianza, Madrid, 1985.
IDEM. *Vacas, cerdos, guerras y brujas*, Alianza Editorial, Madrid, 1997 (1980).
- JUVANEK, B. *Chozo de Extremadura, Joya en Piedra*, ARTE, 2008.
- MARCOS ARÉVALO, J. «La cerdofilia extremeña. Una visión desde la antropología», *Revista de Estudios Extremeños*, ISSN 0210-2854, vol. 46, n.º 2, 1990, pp. 445-456.
IDEM. *Desarraigo/Arraigo/Desarraigo (La construcción de la identidad social en una comunidad de arroceros en las Vegas Altas del Guadiana)*, Diputación Provincial de Badajoz (Departamento de Publicaciones). Badajoz, 2003.
- MARTÍNEZ ALIER, J. «¿Un edificio capitalista con fachada feudal? El latifundismo en Andalucía y América Latina». *Cuadernos de Ruedo Ibérico*, n.º 15, 1967, pp. 3-53.
IDEM. *La estabilidad del latifundismo*. Ruedo Ibérico. París, 1968.
- MARTÍN GALINDO, J. L.; OROVENGUA, J. M. «Criterios para el inventario de los chozos extremeños», *Piedras con Raíces*, n.º 14, ARTE, verano 2006.
IDEM. *Os choços manhegus. Estudio y censo de los chozos de San Martín de Trevejo*, Editora Regional de Extremadura, 1995.
- MARTÍNEZ DE PISÓN, E. 2009. «Los paisajes de los geógrafos», *Revista Geographicalia*, 55, 2009, pp. 5-25. Downloads/Dialnet-LosPaisajesDeLosGeografos-3132999.pdf
- METEU I LLADÓ, J. «Los paisajes culturales Patrimonio Mundial como herramienta de gestión territorial. El caso de la Serra de Tramuntana de Mallorca», *Boletín de Asociación de Geógrafos Españoles*, n.º 66-2014, págs. 253-270, 2014, pp. 256. file:///C:/Users/ismael.sanchez/Downloads/Dialnet-LosPaisajesCulturalesPatrimonioMundialComoHerramienta-4903372.pdf
- NAREDO, J. M. *Antecedentes y características de la sociedad jerárquica que sostiene en Extremadura el expolio, con especial referencia al Plan Badajoz*. En VV.AA. *Extremadura Saqueada*. Ruedo Ibérico. Barcelona, 1978.
- LINARES LUJÁN, M. A. *La evolución histórica de la dehesa: entre la persistencia y el cambio*, 2012. <https://www.researchgate.net/publication/312472583>
- LLOPIS, E. 1989. «El agro extremeño en el Setecientos: crecimiento demográfico, 'invasión mesteña' y conflictos sociales», *Estructuras agrarias y reformismo ilustrado en la España del siglo XVIII*, Madrid, Ministerio de Agricultura, 1989, pp. 267-290.

- PENCO MARTÍN, A.D. *El cerdo ibérico y su entorno*, Diputación Provincial de Badajoz, 1995.
- PÉREZ RUBIO, J. A. «Datos sobre la situación del campesinado en Torrequemada durante los años 50 (fotocopias del Archivo General de Administración de Alcalá de Henares. Madrid)». Segunda Semana Cultural. *Algo de ti... Torrequemada*, Ayuntamiento de Torrequemada, Concejalía de Cultura, 1994, pp. 23-36.
- IDEM*. *Yunteros, braceros y colonos. La política agraria en Extremadura (1940-1975)*, serie Estudios, MAPA, Secretaría General Técnica, 1995.
- PULIDO, F., PICARDO, A. *Libro Verde de la Dehesa. Documento para el debate hacia una estrategia de gestión*, 2010.
- PLIENIGER, T. *Las dehesas de la penillanura cacereña. Origen y evolución de un paisaje cultural*. Universidad de Extremadura, Servicio de Publicaciones, Cáceres, 2006.
- RODRÍGUEZ DE LA FUENTE, F. «Enciclopedia de la Fauna», tomo 4, Eurasia y Norteamérica, Salvat, Pamplona, 1972.
- SÁNCHEZ MARROYO, F. *Dehesas y terratenientes en Extremadura. La propiedad de la tierra en la provincia de Cáceres en los siglos XIX y XX*, Asamblea de Extremadura, Villanueva de La Serena, 1993.
- SÁNCHEZ EXPÓSITO, I. *La dehesa boyal de Torrequemada. Dimensión etnohistórica de una propiedad municipal y su arquitectura asociada*, Lecturas de Antropología, Dirección General de Bibliotecas, Museos y Patrimonio Cultural, 2016.
- IDEM*. «Apuntes sobre la percepción del robledal en un pueblo de La Vera». *Saber Popular. Revista Extremeña de Folklore*, n.º 22, Federación Extremeña de Folklore, año 2005, pp. 147-158.
- SANTOLALLA, F. *Guía de los árboles y arbustos de la Península Ibérica*, Blume, Barcelona, 1998.
- <https://fregenal.hoy.es/noticias/201803/25/regeneracion-plantas-resistentes-como-20180325111804.html> [fecha de consulta: 22/03/2019].
- <http://cicytex.gobex.es/es/centros/icmc> [15/09/2019].
- https://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/merida/dossier-matadero-agosto-valcarce-ii_167565.html [16/09/2019].
- <https://www.hoy.es/agro/sobre-rentabilidad-dehesa-20181122000601-nt.html>. [15/08/2018].
- https://www.elconfidencial.com/espana/2017-02-15/dehesa-ecosistema-desaparicion_1329814/ [15/08/2018].
- https://www.eldiario.es/andalucia/enclave_rural/agricultura_y_pesca/dehesa-peligro-extincion_0_711479718.html [15/08/2019].
- <https://fregenal.hoy.es/noticias/201803/25/regeneracion-plantas-resistentes-como-20180325111804.html> [21/08/2019].
- <https://www.europapress.es/extremadura/noticia-tercera-edicion-congreso-iberico-dehesa-montado-celebrara-proximo-mes-noviembre-badajoz-20180713103620.html> [21/08/2019].
- <http://www.culturaydeporte.gob.es/planes-nacionales/planes-nacionales/arquitectura-tradicional.html> [16/10/2019].
- https://www.elperiodicoextremadura.com/noticias/opinion/cobrar-servicios-ecosistemicos_1208474.html?fbclid=IwAR2O4OLWEA4gAQn63F5eRHHbsEkgLGXkIC4cBCwProP-axqd92stplzxL5U [fecha de consulta: [8/01/2020].

